
BOLSILIBROS
TERROR
LOS NIÑOS DIABÓLICOS
CURTIS GARLAND

Una joven maestra encuentra trabajo como profesora de niños en el retirado y lóbrego orfanato de Loomish Hill. A su llegada descubre con estupor que el director del establecimiento, que la contrató, acaba de fallecer y que el orfanato está a punto de ser desalojado y en trámites de desahucio. El oficial del juzgado ya se encuentra en la residencia con la orden judicial de embargo.



Curtis Garland

Los niños diabólicos

Bolsilibros: Selección terror - 567

ePub r1.2
Titivillus 25.09.2017

Título original: *Los niños diabólicos*
Curtis Garland, 1984
Diseño de portada: 17ramsor

Editor digital: Titivillus
Primer editor digital: 17ramsor (r1.0 a r1.2)
ePub base r1.2



Capítulo I

Ya estaba llegando.

El viejo automóvil trepidaba cuesta arriba, remontando dificultosamente la rampa que ascendía a la colina pelada y triste, erguida en medio del yermo. Alrededor, algunos árboles desnudos, de ramas retorcidas, parecían como espectros rígidos, elevando al cielo unos brazos descarnados y trémulos en demanda de algún imposible.

En la distancia, los nubarrones se apelotonaban densamente, amenazando con nuevas precipitaciones de agua o de nieve a toda la región. Allá arriba, en la colina, en el brumoso y triste atardecer, brillaban algunas luces dispersas, como único indicio de su inmediata meta.

—Parece un sitio muy desolado —comentó ella, algo desmoralizada.

—Lo es, señorita —rio el chófer sin volverse, pugnando por mantener el ascenso ladera arriba sin más problemas, pese a lo cascado de su vehículo y lo dificultoso del embarrado terreno—. Rara vez vengo por aquí. La gente de esa casa nunca utiliza el taxi. Prefiere el viejo autocar semanal para desplazarse a la ciudad. Después de todo, para lo que salen de ahí…

—¿Sólo hay un autocar semanal?

—Dos. Uno de ida y otro de vuelta. Siempre los sábados a mediodía para ir. Y el domingo por la tarde para volver. Pero esa gente de allá arriba tampoco va para pasar un divertido fin de semana. Allí nadie sabe divertirse. La compadezco, señorita, si tiene que convivir con ellos mucho tiempo.

—Pues me temo no tener otro remedio —sonrió ella, dominando su aprensión—. Es el primer empleo que consigo, después de seis meses en paro. Ha sido como llovido del cielo, y no seré yo quien le ponga objeciones a mi trabajo, sea donde sea.

—¿Llovido del cielo, dice? —el taxista meneó la cabeza, perplejo —. Yo me guardaría muy mucho de comparar *eso* con el cielo, señorita.

Y señaló significativamente a la forma oscura, maciza, que empezaba a perfilarse en lo alto de la colina, recortada entre las brumas del atardecer invernal. Su joven viajera se estremeció, sin poderlo evitar.

Era una joven animosa y decidida, poco dada a sufrir depresiones, pero las palabras del taxista del lugar, el aspecto tétrico de la región y la propia naturaleza de su futuro trabajo no formaban una combinación demasiado proclive al optimismo, después de todo.

Personalmente, no le gustaba tener que trabajar en un orfanato, pero ¿qué cosa mejor, si acababa de recibir un cheque bancario por el importe de su primera mensualidad, junto con la aceptación de su oferta para ocupar un puesto vacante de maestra en la llamada Residencia de Huérfanos de Loomish Hill? Después de estar haciendo ahorros y escatimando gastos durante medio año en paro, recibir la suma de cincuenta guineas de sueldo mensual previo, era como ver llegar al propio Papá Noel con el mejor regalo navideño anticipado imaginable. Porque además faltaban sólo dos semanas para la Navidad, y ésta se le había presentado hasta entonces harto sombría de no mediar aquel nuevo trabajo, que le abría nuevamente las puertas de la esperanza y, ¿por qué no decirlo?, también de su holgura económica.

—¿Ha trabajado usted antes en algún otro orfanato, señorita? —indagó el chófer, cuando ya la casona de la colina se alzaba imponente frente a ellos, al final del último tramo de la ladera.

—Pues…, no, nunca —confesó la joven maestra, ruborizándose levemente, como si hubiera sido sorprendida en una grave falta—. Imagino, sin embargo, que será como trabajar en cualquier escuela o centro docente. Después de todo, sólo se trata de dar lecciones a unos niños…

—Sí, claro, a unos niños —repitió el taxista, rascándose los cabellos y logrando, a costa de resoplidos y quejas del viejo motor, alcanzar por fin la cima de la colina—. Pero es que *esos* niños…

—¿Qué?

—No, nada. Dejemos eso, señorita. —Metió el freno

paulatinamente a su viejo cacharro—. Bien, estamos ya en su nueva casa. Que todo le vaya bien en lo sucesivo, señorita. Se lo deseo de veras. Pero si decidiese cambiar de idea y marcharse de aquí en cualquier momento, como alma que lleva el diablo, no dude en telefonearme y vendría a recogerla a cualquier hora del día o de la noche. Aquí tiene mi tarjeta, para lo que pueda necesitar.

Y se volvió, tendiéndole la cartulina donde aparecía impreso su nombre, señas y teléfono en la cercana ciudad. Sonriente, la joven la tomó, agradeciéndolo con un movimiento de cabeza.

—Gracias —dijo—. Es usted muy amable.

Le pagó el importe del viaje, previamente establecido. Luego, el hombre bajó sus dos maletas y se despidió de ella, arrancando con sorprendente prisa, mientras ella subía los escalones de acceso a la puerta del viejo edificio de aire Victoriano, protegida por una cornisa de vidrios polvorientos y hierros oxidados, pulsando luego un llamador que resonó lúgubremente en el interior de la casona.

Tardaron algún tiempo en acudir a abrir. Cuando lo hicieron, la joven se vio frente a un singular personaje erguido en el umbral, recortándose contra la luz tenue de una lámpara de cristal colgada demasiado alta del techo del vestíbulo, y dotada solamente de un par de bombillas de escasos vatios. No parecía ser la generosidad ni el derroche, al menos en consumo eléctrico, la norma en aquella casa…

—Buenas noches —saludó quien abría la puerta, con voz rígida —. ¿Qué se le ofrece?

Era un individuo flaco, estirado, de facciones que daban la impresión de haber sido creadas a base de pegar tirones a una cara demasiado larga y apergaminada. Sin embargo, su pelo negro, peinado con raya en medio, y sus ojos vivaces y oscuros, no parecían corresponder a un hombre de la edad que aquél aparentaba. Vestía un traje rigurosamente negro, como el empleado de una funeraria. La gravedad de su rostro corría pareja con el resto de su persona.

—Soy Vera Munro —explicó la joven, con decisión—. La nueva maestra que contrató esta semana el señor Steele.

—Oh, comprendo —el hombre tragó saliva. Su nuez tenía algo de cómico al subir y bajar con cada palabra suya, pese a su aire fúnebre—. Pase, por favor. No llega muy oportunamente, esa es la

verdad, pero debe ponerse a resguardo de la noche. Es bastante fría. Y lo será más aún dentro de poco. Vamos a tener muy mal tiempo en lo sucesivo.

Cerró la puerta tras pasar la joven y ayudarla él a depositar las maletas en el vestíbulo. Ella observó que el hombre de luto aseguraba la sólida puerta con una cadena y un fuerte cerrojo. Se preguntó qué podrían temer dentro de aquel recinto, destinado a alojar huérfanos. También advirtió que un grueso crucifijo adornaba la puerta por dentro, como si quisieran protegerse de los vampiros o cosa parecida. La idea le resultó tan ridícula que casi sintió ganas de reír. Pero el clima de la casa tenía algo de opresivo que alejó de su mente esa idea casi de inmediato.

—Sígame, señorita Munro —pidió el hombre siempre distante, severo, como un eficiente mayordomo de comedia británica.

Y recogiendo ambas maletas se encaminó a una escalera ascendente, situada al fondo, sobre una gran vidriera emplomada, de vivos colores, representando al Arcángel, flamígera espada en mano, sepultando a Satanás en los infiernos, con su cohorte de pequeños demonios.

«Católicos —se dijo entre dientes la joven, relacionando aquel vitral con la cruz de la puerta—. No hay duda de la religión que se practica aquí…»

Ella no se sentía cohibida ni contrariada por eso, aunque no era católica. Sus padres eran anglicanos, y ella lo había sido de niña, porque estaba obligada a serlo. Cuando se hizo mayor de edad y se independizó la religión dejó de ser para ella una norma o una obligación, e incluso tuvo una crisis de fe en Dios cuando recordó los horrores de la Gran Guerra, pocos años antes, cuyas secuelas aún pagaban los países europeos hoy en día, en estos llamados «felices veinte».

Ahora era más bien una persona escéptica, capaz de creer en muy pocas cosas, e incapaz de discutir de cultos religiosos con nadie. Si el señor Steele era católico, le tenía perfectamente sin cuidado, siempre y cuando no estuviera obligada a asistir a los cultos puntualmente. Y de eso su contrato no decía absolutamente nada.

El hombre la llevó hasta una alcoba en la planta alta de la casa. Dejó las maletas en el suelo y le mostró la pulcra habitación y su

vecino cuarto de aseo.

—Es su alojamiento, señorita Munro —explicó—. Espero se sienta bien aquí… a pesar de que mucho me temo que su estancia aquí no va a ser demasiado prolongada. —Vera le miró con sorpresa y cierto desagrado. Indagó, algo brusca:

—¿Qué quiere decir con eso?

—Pronto lo sabrá, señorita —sonrió débilmente el criado—. ¿Ha cenado?

—No, aún no. Pero no tengo demasiado apetito. Sólo cansancio.

—¿Quiere que le suba algo de comer o prefiere usted bajar y que la señora Oates, la encargada del establecimiento, se ocupe de servirle algún refrigerio?

—No tienen que molestarse por mí —suspiró ella—. Bajaré de inmediato a tomar algo antes de acostarme, si es que esta noche no puedo ver al señor Steele para presentarme a él.

—Temo que eso sea imposible, señorita —respondió apacible el hombre negro—. El señor Steele ha muerto.

—¿Qué? —balbuceó ella asombrada, mirándole con incredulidad.

—Y este orfanato va a cerrarse mañana mismo, si el encargado del juzgado no decide otra cosa. El desahucio es ya cosa definitiva.

* * *

La señora Oates resultó ser una bonachona mujer de edad madura, entrada en carnes, con el pelo canoso peinado con un grueso moño atrás.

Acomodó de inmediato a la recién llegada en la cocina, al confortable calor de una chimenea encendida, y calentó algo de comer en las llamas, puesto que la cocina de carbón vegetal estaba ya apagada.

—Sí, mi querida señorita —explicó mientras calentaba algo de caldo y un asado de carne—. El pobre señor Steele murió hoy mismo. Supongo que el corazón le falló al saber que no había solución para su querido establecimiento, y tenía que ser desalojado ya inexcusablemente, por orden judicial.

—Pero ¿qué ha podido ocurrir? —indagó la muchacha con sus azules ojos muy abiertos—. Yo fui contratada en Londres hace sólo

tres días, me pagaron una mensualidad adelantada para que me incorporase a este trabajo cuanto antes…

—Hace tres días las cosas distaban mucho de estar tan mal —resopló la mujer, sirviendo el caldo en un tazón—. El señor Steele creía que podía obtener un aplazamiento al desahucio y mantener todavía este orfanato en pie.

—¿Tan mal estaban las cosas?

—Pésimas —puso en sus manos el tazón, que despedía un grato aroma a hierbas y ave—. El Gobierno siempre quiso este orfanato para sí. Y el señor Steele se resistía a ello. Sabía que los establecimientos del Gobierno siguen siendo, con pocas diferencias, tan siniestros y negativos como en tiempos de Dickens. De allí salen los niños delincuentes o amargados, igual que un David Copperfield o un Oliver Twist. Su concepto de la enseñanza de los niños huérfanos, de su trato para con ellos, era muy distinto. Autoridad sí, pero con dulzura, cariño, comprensión y una infinita bondad. Darles alimentos, hogar, enseñanza, enviarles a la vida luego siendo hombres íntegros, no basura social. Pero sus sueños eran demasiado buenos y su caudal demasiado escaso, especialmente después de esa ruinosa guerra que tantos males nos trajo a todos. Las deudas fueron creciendo, los acreedores se impacientaron, acudieron al juzgado… y ahí terminó todo. Los pleitos los ha ido perdiendo uno a uno, hasta que hoy llegó aquí el señor Skeggs con ese papel…

—¿El señor Skeggs? —indagó curiosa Vera, saboreando aquel sabroso caldo de ave que lograba reconfortar su aterido estómago.

—Sí, el oficial del juzgado de Nottingham. Es un buen hombre, pero debe cumplir con su obligación. Llegó aquí esta misma tarde con la orden judicial de embargo. Debemos abandonar esto en veinticuatro horas. Al señor Steele le afectó mucho eso. Subió a su despacho, se encerró allí, pensamos todos que a meditar y acabar aceptando la decisión inapelable del juez comarcal. Cuando vimos que tardaba, acudimos a ver si le ocurría algo. No respondió. Entonces, Eric… Eric es el criado que la atendió, nuestro mayordomo, jardinero y mozo de tareas diversas, todo en una pieza… Entonces, como le decía, Eric pensó en salir a la fachada y caminar por la cornisa hasta la ventana del señor Steele, que estaba entreabierta. Le halló dentro, sentado a su mesa…, sin vida.

—¿Suicidio?

—No parece. No había tabletas ni veneno alguno por allí cerca. Tampoco huellas de violencia física. Simplemente, el corazón se le había parado. Un colapso, supongo. Pobre señor Steele…

—¿Dónde está ahora su… su cadáver? —preguntó aprensiva la joven, dejando la taza medio vacía sobre la mesa de rústica madera de la cocina.

—En la capilla, claro. Con los niños.

—¿Los niños?

—Sí. Nuestros pupilos —el rostro de la señora Dates se dulcificó —. Pobrecillos… Están muy afectados. Querían mucho al señor Steele…

—¿Qué será de ellos ahora?

—Lo inevitable —la mujer meneó la cabeza, sirviendo una rodaja de carne asada con zanahorias, guisantes y patatas doradas, en un plato. Iba a servir otra, cuando la mano de Vera, rápida, la interrumpió, rechazando más comida—. Serán enviados a diversos centros oficiales del país, donde el trato será mucho más duro y distante, donde ya no tendrán las atenciones y comodidades que disfrutaban aquí. Cosas de la vida, señorita Munro. No podemos hacer nada por evitarlo.

—Sí, comprendo —probó la carne y movió la cabeza—. Excelente, señora Oates. Es usted una magnífica cocinera. Eso también van a echarlo de menos los niños, estoy segura.

—Gracias. Sí, supongo que tiene razón. Les gustaban mis guisos, pobrecillos…

—Y antes de venir yo, ¿quién impartía las lecciones aquí? —se interesó Vera, entre bocado y bocado, regado con una taza de té caliente.

—El propio señor Steele, ayudado por otra maestra, la señorita Swift.

—¿Ya no está ella aquí?

—No, ya no —la señora Oates carraspeó, removiendo un poco los leños del hogar, antes de añadir—: Pobrecilla. La enterramos en Nottingham hace ya quince días. Por eso puso el señor Steele aquel anuncio en el *Times*.

Vera sintió que perdía de repente el poco apetito que tenía. Apartó el plato y fijó sus azules pupilas en la señora Oates.

—Aquí parece que se muere todo el mundo —comentó algo

seca.

La señora Oates pareció repentinamente confusa, vuelta de espaldas a ella, como si los leños que ardían en la chimenea necesitaran de más movimiento. Afirmó con la cabeza, al incorporarse.

—Sí, tenemos una mala época últimamente —admitió—. Tal vez los fríos de este invierno… Aquí el clima es bastante crudo.

Vera no dijo nada. Apuró el té, pensativa, sus celestes ojos fijos en las crepitantes llamas. De repente preguntó:

—¿Puedo ir a la capilla a ver al señor Steele?

Estuvo segura de que la señora Oates pegaba un leve respingo y la miraba algo inquieta. Pudo ser una simple impresión suya, porque la mujer sonrió de inmediato, afirmando con energía.

—Claro, claro —dijo—. Dígale a Eric que la lleve. Tiene que salir de la casa e ir atrás, al cementerio.

—¿El cementerio? —repitió Vera, perpleja—. ¿Hay un cementerio aquí mismo?

—Más bien puede decirse que lo hubo en tiempos. Esta casa es muy vieja. En la época victoriana vivió aquí una familia muy rica. Sus miembros y su servicio eran sepultados ahí atrás. Ahora, sólo quien así lo desea es enterrado en el viejo cementerio. El señor Steele, por ejemplo, irá a parar ahí. Estaba escrito en su última voluntad, señorita Munro.

—Entiendo —sin saber la causa, la joven sentía un cierto desasosiego. A su mente acudió el recuerdo de unas extrañas palabras de su taxista, alusivas a la casona del orfanato: «Yo me guardaría muy mucho de comparar *eso* con el cielo».

¿Qué era entonces? ¿El infierno? ¿Acaso el vitral del vestíbulo tenía alguna alusión concreta al mundo que le rodeaba? Era una idea absurda, pensó Vera, que como muchacha moderna, de cultura y buena educación, estaba siempre inclinada a rechazar ideas supersticiosas. En 1925 ya no se podía pensar como en las postrimerías del siglo pasado, por poner un ejemplo.

Aun así, cuando se incorporó y fue en busca de Eric, el mayordomo de negras ropas, para ir a la capilla, sentía dentro de sí una rara aprensión, como la sensación íntima de que algo en el lugar donde se hallaban distaba mucho de ser normal.

—¿A la capilla? —Eric la miró algo perplejo, al oír sus deseos.

Luego asintió—: Claro, si es su gusto, señorita Munro…

—Sí, Eric, lo es —afirmó ella rotunda.

La condujo hacia la parte posterior de la casa, donde se abría un corredor que iba a terminar ante una pesada puerta metálica, no muy grande, que él abrió con llave, dando dos vueltas a la misma. Salieron al exterior, oscuro como boca de lobo. Se había levantado un aire frío, seco y cortante; las nubes formaban un palio espeso encima del paraje, y el clima presagiaba la proximidad de la nieve. Contra aquel cierzo helado, caminaron entre abrojos y matorrales ásperos que rozaban sus piernas. Los ojos de Vera descubrieron ante ella una verja medio abatida, de herrumbrosos barrotes, y la tierra ondulada e irregular de un viejo cementerio medio abandonado, en el que aún eran visibles lápidas y cruces, losas e inscripciones. Como fondo de tan lúgubre panorama, una pequeña edificación de piedra, tal vez con cien años o más de antigüedad, se erguía sobre una elevación del terreno, rodeada por varios cipreses que el aire mecía con chasquidos tétricos.

—Es ahí —dijo Eric, cubierto con una bufanda de lana su estirado rostro—. Si no le importa, prefiero no entrar. No me gustan esas cosas, señorita.

—Comprendo. Entraré yo sola, no se preocupe. Para regresar, ¿debo llamar en la puerta trasera?

—Sí, por favor. Encontrará un timbre eléctrico en el quicio. Púlselo tres veces. Le abriré de inmediato. Esta noche no pienso acostarme siquiera.

Ella le dio las gracias y le vio alejarse hacia la casa, cruzando por entre las lápidas con indiferencia. Era como un espectro en la noche, tan largo y tan enlutado, pensó Vera mientras caminaba el último trecho cuidando de no pisar losa sepulcral alguna.

Llegó a la puerta ojival de la pequeña capilla, más bien semejante a una abadía diminuta o a una pequeña iglesia. Estaba sólo entreabierta. Dentro no se oía nada. Empujó la puerta, que emitió un largo chirrido. Entró en el recinto.

Vio las luces de las velas, el túmulo funerario con un cuerpo humano rígido, tendido sobre los negros paños del mismo, ante el altar donde se veía la cruz de vieja madera carcomida.

Y vio a los niños.

Ellos también se volvieron a mirarla a ella.

Capítulo II

Los niños.

Era la primera vez que los veía. Y estuvo segura de que nunca olvidaría este momento.

Eran once. Rodeaban el túmulo en silencio, respetuosamente quietos, con sus manos cruzadas ante sí, la cabeza inclinada. Había también un hombre arrodillado en un banco, ante el altar, como rezando. Pero Vera no le prestó demasiada atención. Sólo le interesaban los niños. Aquellos niños.

Les estudió uno por uno mientras caminaba por entre los bancos de madera de la capilla católica, en dirección al túmulo. Niños y niñas mezclados. El orfanato no había duda de que era mixto. Le atrajeron especialmente la atención tres de ellos.

Estaban situados a la cabeza del túmulo, junto al rostro del difunto. Dos eran intensamente rubios, un niño y una niña. Su cabello, a la luz de las velas que rodeaban el cadáver, parecía oro puro, más claro aún en la niña, como un halo plateado. El tercero era muy moreno, de cabellos negrísimos, de tez oscura como un mestizo. No sabía por qué, eran los tres que más le intrigaron. Quizá porque el moreno parecía tan vulgar como poco corriente los otros dos.

Al oír las pisadas de sus tacones en las losas de la capilla el hombre reclinado giró la cabeza y se incorporó. Caminó hacia ella. Era un individuo grueso, de cabello ralo, rostro rubicundo y ropas holgadas y rugosas, nada elegantes. Resopló, deteniéndose ante ella:

—Buenas noches, señorita. Supongo que es la nueva maestra que esperaban.

—Sí, lo soy —dijo ella, dirigiéndole una vaga mirada de indiferencia.

—Yo soy Archibald Skeggs, secretario del juzgado de Nottingham —explicó con un resoplido más, tendiéndole la mano

—. Lamento que llegue en tan mal momento.

—Yo también, señor Skeggs —sonrió tristemente la joven, estrechando aquella mano fofa y sudorosa—. Parece que su visita trajo problemas al orfanato…

—Es incomprensible, créame. Yo no pretendía causar este caos. El señor Steele sabía que la orden de embargo estaba al caer. No debió tomárselo tan a la tremenda. Estos chicos, por los que tanto se preocupó en vida, seguirán teniendo un hogar, una educación… El Gobierno se ocupará de ello, y su situación será mucho más segura.

—Pero quizá menos agradable —comentó ella fríamente—. Ellos parecían estar a gusto aquí. Ahora ya no será lo mismo.

—Créame, yo no tengo culpa alguna —Skeggs se enjugó la transpiración del rostro con un pañuelo, añadiendo luego—: El señor juez dispuso las diligencias. Los acreedores presionaban. No había otra salida. El señor Steele nunca debió dilapidar su fortuna toda en este establecimiento. Fue una locura de la que ya le advertimos cuando aún era tiempo. No nos hizo caso y prefirió seguir adelante hasta el final.

Vera no dijo nada. Dejó allí al funcionario judicial, que parecía sentirse tan culpable como si hubiera asesinado con su propia mano al difunto, y se aproximó al cadáver hasta estar junto al túmulo. El hecho de que el cuerpo sobre los negros paños, con las manos cruzadas sobre el pecho, vestido con un traje negro impecable, un rosario entre los dedos, y el féretro alguno, daba un aire todavía más macabro a la escena. Los zapatos de charol brillaban absurdamente, con sus afiladas punteras señalando a la bóveda de la capilla.

Se detuvo justamente al lado de los niños rubios. El moreno se apartó, tímido, dejándole un hueco. Los niños la miraban fijamente. Todos ellos. Pero en especial el niño y la niña rubios. Los ojos de él eran de un verde turbio. Los de ella, muy azules.

Les sonrió. Ellos no se inmutaron. Sus rostros angelicales eran fríos e inmutables, como máscaras. Había algo de estremecedor en su dolor mudo y rígido.

—Lo siento, muchachos —dijo ella—. Soy Vera Munro, vuestra nueva maestra. Es decir, iba a serlo.

El niño rubio la miraba con una fijeza inquietante. No movió un

músculo de cu carita pálida y suave. Pero respondió, tras un silencio:

—No se preocupe. Lo será.

Vera parpadeó, sin entender. La niña, en cambio, pronunció otras palabras, sin mover tampoco el rostro:

—No me gusta, Norman. Ella no me gusta. No la quiero.

—Calla —cortó el niño rubio—. Será nuestra maestra. A mí sí me gusta. Es todo.

Siguió un profundo silencio. Cortante, irreal. El aire olía a cera caliente, a muerte, a frío y a soledad. El niño moreno se pegó a ella. Sonrió, tirándole suavemente de su chaqueta. Vera le miró dulcemente.

—A mí también me gusta —dijo con voz demasiado grave para un niño de su edad—. La quiero como maestra.

Otro silencio. Vera no sabía qué decir. Hizo un ademán hacia el difunto.

—De veras me gustaría —habló—. Pero muerto el señor Steele y embargado el orfanato, mucho me temo que eso no sea posible.

Los niños la miraban. Siempre estaban mirándola. Eran caritas inocentes, querubines angelicales, tras llamas amarillas de velones funerarios. Una extraña corte para un cadáver sin féretro. Todo aquello parecía formar parte de un sueño, de un imposible.

—Sí, nos gusta —añadió otro—. La señorita nos gusta, ¿verdad?

Hubo diez asentimientos de cabeza. Vera se sintió casi emocionada. Pero la niña cortó esa cordialidad con un cuchillo de hielo en su voz suave y aguda:

—A mí no me gusta. No la quiero.

Norman la miró con una frialdad desusada. Era como la mirada de alguien lleno de autoridad, severo y casi tiránico.

—Hablas demasiado, Karin —dijo—. Los demás han decidido. Se queda. Será nuestra maestra.

Era asombroso. Hablaban como si de ellos dependieran las cosas, como si el juez, la muerte del dueño del orfanato y todo lo demás no tuvieran importancia alguna. Casi estuvo tentada de pensar que la voluntad de aquellos niños podía hacerse realidad con sólo desearlo ellos, lo cual era en resumidas cuentas un puro disparate.

—Sois muy buenos chicos —suspiró, conmovida de veras—. Daría algo porque vuestros deseos fuesen realidad, pero…

No quiso añadir más. No valía la pena. ¿Por qué amargarles más, explicándoles que lo que los hombres deciden los niños jamás pueden rectificarlo?

—Ellos no lo entienden —dijo Skeggs moviendo la cabeza—. Para su mente, el desahucio es un juego de niños. Resultará difícil explicárselo…

El rubio Norman giró la cabeza hacia el que hablaba. Le miró con su rara especial fijeza. Vera se dijo que sus ojos parecían fríos trozos de hielo en ese momento.

—Lo entendemos perfectamente, señor —recitó con su voz infantil, singularmente fría—. No somos necios ni ciegos.

—Bueno, parece que me equivoqué —carraspeó el oficial del juzgado, con aire confuso—. Estos chicos sí saben lo que pasa. Pero les cuesta aceptarlo como es.

—Resulta natural. Debían sentirse muy bien aquí. Y querían al señor Steele —contempló el rostro rasurado, sereno, del difunto; sus largas patillas bien recortadas, su frente amplia, bajo un pelo ondulado y canoso. Opinó que en vida debió ser un caballero distinguido e incluso atractivo. Dígame, señor Skeggs, ¿qué piensa hacer?

—No me quedan muchas opciones. Tengo una orden del juez Sewell. Es un hombre muy severo. Debo hacer que se cumpla. Exige el cierre de este orfanato y el envío de los niños al Centro de Caridad Social de Leicester, que dirige el reverendo Hodges. Después, los acreedores se repartirán los bienes escasos que pueda haber dejado el señor Steele, aparte de la propiedad ya hipotecada de esta mansión.

—Dios mío, ¿tan mal están las cosas?

—Muy mal, señorita. Lo único que puedo hacer, dadas las tristes circunstancias, es esperar a mañana, hasta que el señor Steele sea inhumado. Luego dispondré el cierre del orfanato y el envío de los niños a Leicester. También tengo que ocuparme de otro aspecto poco agradable del asunto: ya sabrá, sir Clifford…

—¿Sir Clifford? —repitió Vera—. Ni idea, señor Skeggs.

—Oh, ¿no se lo han contado? —el funcionario judicial se frotó el mentón, indeciso—. Bueno, es un caso muy especial y difícil, la verdad. El viejo inquilino de Prowse Manor… ¿Sabía que Prowse Manor es precisamente esta propiedad?

—No, no lo sabía. Es un nombre muy de otra época, del siglo pasado…

—Victoriano por completo. Igual que sir Clifford, su antiguo dueño. Y que todos los Prowse, de los que él es el último miembro vivo… si es que se le puede llamar «vivo» al estado en que ahora se encuentra ese desdichado.

—Señor Skeggs, le aseguro que no entiendo una sola palabra de todo eso —confesó con franqueza la joven maestra, mirando perpleja a su interlocutor.

—Es fácil, señorita —terció el niño Norman con su voz calmosa, singularmente madura para su edad—. Sir Clifford Prowse vive arriba, en la buhardilla del orfanato. Nunca sale de allí, salvo raras excepciones. Una mujer cuida de él. Tampoco mucho, salvo lo imprescindible. Cuando vendió su casa al señor Steele, hace de eso cuarenta años, dispuso en su escritura que estarían obligados a permitir su residencia en esta casa en forma vitalicia.

—Así es, señorita —corroboró Skeggs—. Y lo peor es que sir Clifford está medio ciego y sordomudo.

—Dios mío… Pobre hombre, ¿qué va a ser de él ahora cuando cierren la casa por orden judicial?

—No es asunto mío. El juez Sewell no se ve obligado por esa escritura a nada, y lo más probable es que sir Clifford tenga que buscarse otro alojamiento cuando le echemos de aquí, al cerrar el edificio y precintar sus puertas, como establece la ley.

—Sir Clifford no puede salir de la casa. Nadie le echará nunca de ella.

Vera giró la cabeza, sorprendida. Era Norman otra vez quien se expresaba así, con su rara firmeza de adulto, tan en contraste con su angelical faz de niño rubio.

Skeggs volvió a carraspear, meneó la cabeza y regresó a su banco de la capilla para sentarse en él, murmurando mientras se encogía de hombros:

—Niños… ¿Quién les meterá a ellos donde no les importa?

La joven maestra no dijo nada. Se limitó a echar otra mirada al cadáver, persignarse, y caminar luego hasta el pie del altar, donde oró un momento ante el Cristo colgado del viejo muro de piedra desnuda. Luego se incorporó, preguntando débilmente:

—¿Será mañana el entierro?

—Sí, señorita —dijo Skeggs—. A las doce del mediodía, según ha decidido la señora Oates. Después volveré a Nottingham para pedir instrucciones al juez. Esta noche me quedaré aquí, por si acaso. El tiempo amenaza nieve, y aquí las nevadas suelen ser copiosas durante esta época del año. No quiero que me sorprenda por el camino. Sólo he traído una bicicleta para cubrir la distancia, y el regreso me costaría al menos tres o cuatro horas, en plena noche. Yo puedo dormir en cualquier sitio. Un sofá de la casa será suficiente para mí.

Vera Munro asintió, dirigiéndose a la salida de la capilla. Antes se volvió hacia los once niños que formaban aquel silencioso e impresionante corro en torno al difunto, y preguntó:

—¿Vais a quedaros aquí todavía?

—Sí, señorita —respondió Norman—. Más tarde iremos a casa. La señora Oates nos autorizó a estar con el señor Steele el tiempo que quisiéramos…

—Sí, comprendo —murmuró ella, abandonando la vieja iglesia de piedra.

Y corrió presurosa a través de los montículos y los brezos, cruzando el cementerio en unos instantes, mientras gruesos copos blancos se desprendían lentamente del negro cielo. Había empezado a nevar, como temía el secretario del juzgado.

Llamó a la puerta metálica. Tras una breve espera, Eric la abrió. Penetró tiritando en la casa, y el criado cerró de inmediato, contemplando los copos que habían cuajado fácilmente en los hombros y el cabello cárdeno de la joven.

—Ya tenemos la nieve aquí —murmuró—. Mala cosa. Va a ser una nevada fuerte, estoy seguro. ¿Ya vio a los niños?

—Sí. Y al señor Skeggs. Esos chicos parecen muy afectados. ¿Siempre son así?

—Así… ¿cómo? —se interesó Eric, parándose y mirando fijamente a la joven.

—Bueno, tan serios, tan adultos en su comportamiento… tan fríos, diría yo.

—Son niños muy bien educados. Eran las normas del señor Steele. Sí, parecen a veces auténticos adultos. Sobre todo Norman.

—Norman… Sí, ese chico rubio. Me ha logrado impresionar.

—Impresiona a todo el mundo —rio Eric—. Incluso a mí,

señorita Munro.

—También me hablaron de sir Clifford.

Eric se paró de nuevo. Asintió, pensativo. Parecía no gustarle el tema.

—Oh, sí, sir Clifford… —miró significativamente hacia arriba, al techo artesonado—. Siempre en su buhardilla, rodeado de sus libros misteriosos. Y con esa mujer tan singular que le cuida… A veces llega uno a olvidarlos, no piensa que existan, que vivan bajo este mismo techo.

—¿Libros misteriosos ha dicho?

—Yo así los califico. El señor Steele se reía de eso. Pero lo cierto es que sir Clifford siempre gustó de los temas ocultos. Sus libros son de magia, brujería, satanismo y todas esas cosas. Claro que ahora apenas puede ni siquiera verlos. Está casi ciego. Su lazarillo, la señorita Beswick, cuida de él y le leía las obras, hasta que quedó sordo.

—También me han dicho que no puede hablar…

—Cierto. Eso fue lo primero en ocurrirle. Una vieja herida de bala en el cuello provocó al parecer una parálisis de sus cuerdas vocales. Sucedió cuando hacía la guerra colonial, en tiempos de la reina Victoria. Luego esa parálisis se extendió también a sus oídos, a causa de no sé qué degeneración neurovegetativa. Y así, ahora es como un mueble o poco menos. No habla, no oye y apenas ve. Pero sigue lleno de vida a sus ochenta años cumplidos.

—¿Y ella, esa mujer que cuida de sir Clifford? ¿Cómo es? Hay que tener mucha capacidad de aguante, mucha tolerancia para una tarea así…

—Esa mujer la tiene, se lo aseguro. Resulta extraño, siendo tan joven, tan bella y exótica… pero posee una voluntad de hierro y una resignación rayana en lo inhumano. Nunca la oí quejarse, lamentarse de nada, censurar al viejo Prowse, decir que estaba harta o algo así. Es como si viviera fascinada, embrujada por ese anciano, y fuese feliz a su lado, sirviéndole de criada, secretaria, lazarillo, todo en una pieza.

—Con el embargo judicial, tendrán que abandonar la casa…

—Por supuesto, ya han sido avisados previamente de ello. Sir Clifford no pudo decir nada, pero ella se entiende con él no sé de qué maldito modo, y el viejo aristócrata escribió una nota breve al

señor Steele cuando supo lo que se avecinaba. ¿Sabe lo que decía esa misiva? Simplemente tenía sólo siete palabras: «Nadie me moverá de aquí hasta morir».

—Un viejo obstinado —rio Vera con ironía—. ¿Cómo espera evitarlo?

—No lo sé. Él nunca dice nada. Y Doris Beswick, su ayudante, tampoco.

—Es curioso. Los niños parecen tan seguros de eso como el propio sir Clifford…

—Sí, ya lo sé. Dicen que todo seguirá igual en Prowse Manor. Es absurdo, pero ¿qué se les puede decir a unos críos?

—No estoy tan segura de que, pese a su edad, sean tan críos —comentó Vera, pensativa—. ¿Norman es el mayor de todos ellos?

—Sí. Sólo tiene once años. Marco, el chico moreno, tiene diez, lo mismo que Karin, la chica del pelo rubio claro. Los demás oscilan entre nueve y ocho años…

—Y Norman es el que manda en todos ellos, al parecer.

—¿Lo notó? —Eric la miró, ceñudo—. Ese chico tiene autoridad, algo raro…

—Sí, estamos de acuerdo. Tiene algo raro. Pero también todos los demás. Y me pregunto qué será… Buenas noches, Eric. Voy a retirarme a descansar. Supongo que mañana va a ser un día muy agitado en este orfanato…

Vera Munro no sabía bien lo acertada que estaba al prever algo así.

Capítulo III

El primer suceso trágico y desconcertante de aquella pesadilla recién iniciada tuvo lugar esa misma madrugada, bastante antes de que la luz del día asomara por el horizonte, para alumbrar una campiña totalmente cubierta por una espesa nevada caída abrumadoramente durante horas enteras.

Vera Munro despertó al oír el grito y el estrépito de vidrios. Estaba profundamente dormida, a causa de su cansancio. Pero aun así, apenas salió de su sueño, supo de modo instintivo que algo malo ocurría en Prowse Manor, la vieja casona victoriana de Nottingham, convertida en este siglo en un orfanato privado, obra de un desinteresado benefactor de niños sin padres.

Saltó del lecho, sintiendo palpitar con fuerza su corazón. El frío matinal casi heló su piel y caló hasta sus huesos, antes de ponerse precipitadamente su bata de lana y correr a la puerta para averiguar la causa de aquel alarido y de aquel estruendo de vidrios rotos que la había arrancado de su sopor. Miró su reloj, un bonito aunque poco costoso colgante para su pecho, comprobando que eran ya las cinco y veinte minutos de la mañana.

No podía saber lo que estaba sucediendo en la casa, pero el grito, evidentemente, había sido agudo y prolongado, con una nota desgarradora que presagiaba algo malo, algo siniestro. Luego, el ruido de rotura de cristales no había sido sino un elemento más para sentirse con una preocupación que rayaba con el miedo.

Abrió decididamente la puerta de su habitación, asomando al corredor, alumbrado débilmente por una pequeña lámpara eléctrica situada al fondo del mismo, y protegida con una pantalla de seda rosa, con flecos. En alguna parte del edificio, sonaron pasos precipitados y puertas que se abrían. Brilló la luz en el vestíbulo y se decidió a avanzar hasta el hueco de la escalera, asomando al mismo.

Descubrió a Eric y a la señora Oates, inclinados sobre algo que yacía al pie mismo de la escalera. Una gran lámpara de pie de bronce, con pantalla de vidrio rojo, estaba volcada en el suelo, junto a la alfombra, no lejos de donde yacía aquel bulto oscuro. Los vidrios de la lámpara yacían hechos añicos, lo mismo que la propia bombilla.

Pero eso no era importante ahora. Vera se fijó en el cuerpo inmóvil, boca abajo sobre la alfombra, justamente caído en el último peldaño de la gran escalera.

—Dios mío, ¿qué sucede? —preguntó la joven en voz alta, realmente asustada.

El mayordomo y el ama de llaves alzaron sus cabezas. Estaban muy pálidos, sobrecogidos. Fue ella quien atinó antes a hablar, con voz quebrada, que resonó huecamente en el amplio vestíbulo:

—Ha sido horrible, señorita Munro. Se trata del señor Skeggs… Está… está *muerto*…

Con un escalofrío, Vera se encogió dentro de su amplia bata, y comenzó a bajar los escalones. Se detuvo junto a los sirvientes de la casa, tratando de ver lo sucedido. Inclinose sobre el caído. El rollizo funcionario judicial yacía, ciertamente, en postura nada alentadora. Tenía la cabeza torcida a un lado, como si se hubiera roto el cuello. Un breve examen la hizo comprender, aun sin ser experta en medicina, que era cadáver. Tenía una fractura cervical que le ladeaba la cabeza, un hilo de sangre corría por la comisura de su boca crispada, los ojos estaban abiertos y vidriosos, con una expresión de horror, y ni el pulso ni los latidos del corazón aparecían por parte alguna.

—¿Cómo pudo ocurrir? —susurró la joven.

—No sé —Eric se encogió de hombros, aturdido—. Debió caer por la escalera. Parece lo más lógico. Entonces tal vez lanzó ese grito…

—Fue un grito atroz —comentó la señora Oates—. Jamás noté tanto terror en nadie.

—Tiene razón —afirmó Vera, sombría—. Fue como si supiera, al caer, que aquello terminaba con su vida.

—Y ahora ¿qué vamos a hacer? —gimió Eric—. Era el encargado de las diligencias judiciales…

—Supongo que no hay otra cosa que hacer que llamar a

Nottingham y notificar lo ocurrido —señaló Vera—. Enviarán una ambulancia, un médico, tal vez a algún policía, y el juez se hará cargo de este asunto…

—Eso no va a ser sencillo, señorita Munro —señaló la señora Oates gravemente.

—¿No? ¿Por qué? —se interesó Vera, sorprendida.

—Mire afuera, por favor. Yo acababa de hacerlo cuando sonó el grito.

Sin entender bien, la joven fue hasta uno de los ventanales del vestíbulo. Alzó el pesado cortinaje que lo cubría, y miró a través de la vidriera, protegida del exterior por un enrejado.

Se quedó asombrada. La nieve cubría hasta media altura de la puerta en aquel punto. Todo cuanto rodeaba la casa era un blanco manto, alto y espeso. No se veían sendero ni arbustos. Y la nieve caía insistente, densa, continua.

—¿Estamos aislados? —preguntó en un hilo de voz.

—Así es —afirmó Eric—. Ocurre muchas veces cuando caen nevadas así. Ya me lo temí anoche, al comenzar a nevar. El único camino desde aquí a Nottingham se hace impracticable por completo, se pierde bajo la nieve, a causa de su bajo nivel respecto a esta colina. Las cunetas son verdaderos barrancos donde es fácil precipitarse para no salir nunca. Tal vez cese de nevar cuando sea de día y puedan venir a hacerse cargo de todo. Por ahora eso es imposible, dado el estado del terreno.

—Pues estamos arreglados —musitó la joven, contrariada—. No me gusta permanecer aquí encerrada con un cadáver.

—Dos, señorita —rectificó suavemente la señora Oates—. Tampoco podremos sepultar al señor Steele. El cementerio está en la hondonada, usted lo ha visto. Será imposible abrir una fosa si sigue nevando así.

Vera se estremeció. Empezaba a sentirse incómoda en aquel lugar y con aquel cerco blanco en el exterior. Tuvo una idea para aliviar aquella angustia claustrofóbica que empezaba a dominarla.

—El teléfono —dijo—. Podríamos llamar para informar de todo esto, cuando menos.

—Eso, —asintió Eric prestamente—. Venga conmigo, señorita. Si quiere usted hablar con el contable Barnes…

—Será lo mejor. Tal vez puedan llegar hasta aquí, después de

todo.

Eric la condujo a la salita destinada a lectura, con sus muros repletos de estanterías con libros. Un teléfono aparecía adosado al muro, no lejos de una cabeza de tigre de Bengala y una panoplia con un par de sables curvos cruzados.

—El señor Steele no gustaba de la caza —explicó Eric—. Es un trofeo de sir Clifford. De sus tiempos de militar en la India. Los sables son de los cipayos rebeldes. Recuerdos de la guerra colonial.

—Entiendo —ella descolgó el teléfono, comenzando a girar la manivela de comunicación con la centralita local. Arrugó levemente el ceño y repitió dos veces más la operación. Luego tendió el aparato a Eric.

—Vea esto —dijo—. No logro establecer comunicación.

—Sólo nos faltaba esto —suspiró el criado—. Tal vez el temporal de nieve averió la línea…

Hizo la prueba tres o cuatro veces. Exasperado, colgó, encogiéndose de hombros.

—Es inútil, señorita —dijo desolado—. No hay línea.

—¿Cree que ha sido el temporal?

—¿Qué otra cosa puede ser si no? Siempre ha funcionado bien ese teléfono…

—Podría haberlo cortado alguien.

Eric la miró estupefacto. Parecía no comprender el sentido de la sugerencia de la maestra. Tras una indecisión, logró articular unas palabras:

—¿Por qué dice eso, señorita? ¿Quién iba a hacer tal cosa?

—No sé —ella movió su pelirroja cabeza suavemente—. Quizá la misma persona que pudo empujar a Skeggs escaleras abajo, matándole.

A espaldas de ellos, una fría helada voz de mujer de rara entonación sonó en esos momentos:

—Es posible que esta joven tenga razón, Eric. Toda la razón…

* * *

Al volverse, Vera Munro descubrió a una enigmática e inquietante mujer erguida ante ellos.

Era bastante alta, esbelta y de tez oscura, broncínea casi.

Grandes y rasgados ojos negros, pelo largo, sedoso, también negro, que colgaba en cascada lisa hasta la mitad de sus espaldas. Labios carnosos, nariz levemente roma, gesto entre frío e indómito. Su cuerpo aparecía cubierto por un larguísimo deshabillé blanco, en fuerte contraste con el color de su tez, que remarcaba la firmeza de un busto pequeño y duro, y la suavidad de unas caderas que sin duda eran redondeadas y mórbidas.

Aquella mujer, pensó Vera, tenía mezcla de razas en su sangre. Quizá mestiza, procedente de alguna colonia británica. Una combinación de sensualidad y de hermetismo parecía emanar de su alta figura rígida, erguida ante ellos como un espectro, bello pero inquietante.

—Señorita Beswick… —susurró Eric, confuso—. ¿Usted aquí?

—No pude evitar oír ese alarido. Y les oí hablar cuando asomé a la puerta de la planta alta. ¿De modo que el funcionario judicial está muerto?

—Así es. Y el teléfono no funciona. La nieve nos tiene cercados.

—Ya me he enterado de todo eso —dijo la dama de piel morena con altivez. Clavó sus oscuras y profundas pupilas en Vera y sus carnosos labios dibujaron una especie de sonrisa—. ¿Es usted nueva aquí?

—Sí, llegué hoy. Me emplearon hace unos días. Soy Vera Munro, la nueva maestra. Aunque supongo que ya no tendré que dar clases a nadie.

—No ha llegado muy oportunamente, la verdad. Soy Doris Beswick, la mujer que cuida de sir Clifford allá arriba —miró a lo alto y tendió su mano a Vera. Era una mano de dedos largos, delgados, algo huesudos. En uno de ellos brillaba un extraño anillo con una piedra opalescente que brillaba en la penumbra de la biblioteca con tonos irisados—. Me alegra ver por aquí a otra mujer que no sea la señora Oates, pero lamento las circunstancias en que nos conocemos, Vera.

—Igual digo, Doris —siguió ella la familiaridad, estrechando aquella mano, que le resultó fría y suave al tacto—. ¿Por qué dijiste que podía tener razón?

—Es una sospecha, querida. Está muriendo demasiada gente en esta casa en los últimos días —su sonrisa se hizo ahora sardónica—. Primero la señorita Swift, luego el señor Steele… y ahora ese

empleado judicial. Demasiadas muertes para ser todo natural, ¿no le parece?

—Es lo que yo sugería. El teléfono está cortado. Puede ser la nieve. O puede que no.

—Estamos de acuerdo. ¿De quién sospechas? —la miró fijamente—. ¿De… *los niños*?

Vera dominó un escalofrío. Los niños. Lo había dicho de un modo peculiar, acentuando sutilmente la palabra. Se preguntó por qué. Pero se dijo también que ya había pensado ella misma en eso. Los niños… ¿Pero cómo, por qué?

—¿Dónde están ahora? —quiso saber Vera, mirando a Eric, sin responder directamente a Doris Beswick.

—¿Los niños? —el mayordomo se encogió de hombros—. En sus alojamientos, supongo. No he visto a ninguno de ellos.

—Es raro. ¿Los cierran por dentro acaso?

—No, no. Son libres de andar por la casa. Incluso en plena noche. El señor Steele nunca les encerró en sus dormitorios, como hacen en todos los orfanatos. Decía que esto era un hogar para todos ellos, no una cárcel.

—Han tenido que oír el grito y los vidrios rotos. El niño es curioso por naturaleza. Es extraño que no hayan acudido aún.

—Tal vez *saben* ya lo que pasó —insinuó Doris Beswick fríamente.

—Sí, tal vez —Vera miró a la bella y exótica mujer con curiosidad—. En fin, me temo que podremos hacer pocas cosas en esta situación, Doris.

—Muy pocas. Yo habitualmente no me meto en los asuntos de esta casa. Forma parte del convenio con sir Clifford y con el difunto señor Steele. Formamos un mundo aparte allá arriba.

—¿Lo soportas bien? —dudó Vera.

—Lo soporto —rio Doris, encogiéndose de hombros—. Sir Clifford paga bien. Y no va a durar ya mucho. Ha rebasado ya los ochenta años y se apaga por momentos. Eso es lo que cuenta, querida. Dentro de poco tiempo seré libre y habré ahorrado una pequeña fortuna. Sir Clifford recompensa bien mis servicios, no podría ser de otro modo.

—Ocurra lo que ocurra aquí, todavía soy la nueva maestra y mi misión consiste en ocuparme de mis alumnos —dijo bruscamente

Vera—. Creo que subiré a verles. Eric, dígame dónde están sus alojamientos.

—Sí, señorita Munro. Es en su mismo pasillo, pero al lado opuesto de la escalera. Ocupan habitaciones dobles, excepto la niña mayor, Karin, que duerme sola. Verá usted seis puertas, tres a cada lado. Son esas. En la última de la derecha duerme Karin.

—¿Y Norman? —preguntó Vera, observando con el rabillo del ojo que al prenunciar el nombre del niño rubio Doris enarcaba sus finas cejas negras.

—En la puerta de enfrente, a la izquierda. Duerme con el muchacho moreno, Marco.

—Ya. ¿Marco es extranjero?

—Su madre era italiana, creo. Le abandonó para huir con un marinero. Así son casi todos los casos de esos muchachos. Realmente patéticos.

—Sí, me doy cuenta. Es mala cosa ser huérfano, pero es peor por abandono —suspiró Vera, entristecida—. Voy a verles.

—Te acompaño —apuntó Doris—. Yo regreso con sir Clifford. Me pidió que le informase de lo que sucedía.

Las dos mujeres se alejaron, mientras Eric, en vano, intentaba nuevamente establecer contacto telefónico con la centralita local.

—¿Cómo te comunicas con un hombre ciego y sordomudo? —se interesó Vera, camino ya de la planta alta…

—Sir Clifford no es totalmente ciego, aunque apenas si ve algo. Tampoco es del todo sordo, pero sí totalmente mudo a causa de la lesión en sus cuerdas vocales. Aún puede ver mis labios y leer en ellos, sobre todo si hay luz abundante. También nos comunicamos mediante escritos o por simples presiones de los dedos en la mano del otro, siguiendo el código Morse. Hay que ingeniárselas por todos los medios.

—Debe resultar muy duro, por bien que pague.

—Lo es. Pero yo soy dura también —rio con cierta aspereza Doris Beswick—. No me amilano por nada, no me dejo desmoralizar. He nacido para luchar. Y para vencer, Vera. ¿Tú, no?

—No lo sé. Supongo que todos nacemos para intentarlo, al menos. Sobre todo las mujeres. Hasta hoy día, nuestra lucha fue todavía más dura. Pero estamos en el siglo XX y las cosas han cambiado algo, aunque no lo suficiente.

—Creo que también eres una mujer animosa, capaz de todo. Acabas de ver morir a un hombre, has llegado aquí con otro de cuerpo presente, estás aislada en esta horrible casa, y sospechas que puede existir una mano oculta capaz de asesinar y de cortar el teléfono. Sin embargo, te noto llena de energía y de vitalidad.

—Creo que hago de tripas corazón, Doris —sonrió Vera lastimosamente.

—Eso es lo que hago yo, querida —se detuvieron en la planta alta. Doris miró intensa, fijamente, a su nueva compañera—. Tal vez mañana nos echen a todos de aquí, pese al contrato de sir Clifford con el difunto señor Steele. Si no nos vemos más, te deseo feliz futuro.

—Y yo a ti. Pero mucho me temo que tendremos que seguir viéndonos, queramos o no.

—Sí —admitió Doris, tranquila, con un destello enigmático en el fondo de sus pupilas—. Yo también lo creo. Buenas noches, Vera.

Siguió subiendo por la amplia escalera, hacia la planta más alta del edificio, donde se hallaba la buhardilla habilitada para el ocupante vitalicio de Prowse Manor, sir Clifford. Vera siguió su larga figura envuelta en la blanca tela flotante con una mezcla de curiosidad y desconcierto.

—Es una mujer hermosa, atractiva, incluso dulce y afectuosa — susurró—. Pero aun así tiene algo que me inquieta… casi *me asusta*.

Meneó la cabeza, perpleja, y echó una ojeada a las seis puertas cerradas, a su derecha. Echó a andar decidida hacia ellas. No se detuvo ante ninguna de las cuatro primeras. Luego vaciló ante las otras dos, las últimas. Optó por la de su derecha. Llamó suavemente con los nudillos. No respondió nadie. Volvió a llamar con más fuerza. Igual resultado.

Impaciente, golpeó una tercera vez y añadió:

—Abre, Karin. Sé que estás despierta. Soy yo, la señorita Munro.

Un silencio. Cuando creía que también eso fallaría, sonó un pestillo. La puerta se abrió. La rubia, desconcertante criatura llamada Karin, apareció en el resquicio de la entrada. Sus límpidos ojos claros le miraron fijamente. El rostro angelical no mostraba turbación alguna. En realidad, no mostraba nada. Era como una bonita máscara de porcelana.

—Déjame entrar —dijo con firmeza Vera.

Karin se hizo a un lado. Su cuerpecillo estaba cubierto con un cerrado camisón azul pálido. El pelo, de un dorado casi blanco, flotaba suave, sedoso, al moverse por el dormitorio. Parecía un ángel más que nunca. Pero Vera no se fiaba.

—¿Dormías? —preguntó.

—No —negó la niña, sentándose en la cama y contemplándola con incómoda fijeza.

—Oíste el grito, entonces.

—Sí.

—Y los vidrios rotos.

—Sí.

—Pero no has salido a averiguar lo que sucedía.

—No.

—¿Por qué?

—No me interesaba. Son cosas de los mayores. Los mayores no me interesan.

—¿Y los demás? ¿Por qué no han salido tampoco?

—No lo sé. Pregúnteselo a ellos.

—Todos os quedasteis en vuestras habitaciones. ¿Sabíais acaso lo que sucedía?

—Yo, sí.

—¿De veras? —la joven enarcó las cejas, dominando un estremecimiento—. ¿Qué pasó?

—Ha muerto un hombre.

—¿Y eso no te preocupa?

—No. Era una persona mayor. No me preocupa. Ninguna me preocupa.

—¿Tampoco yo?

—Tampoco.

—Soy tu maestra.

—Ya lo sé. Pero no me preocupa como persona mayor.

—¿Cómo sabes que murió un hombre? No saliste a verlo. ¿Quién te lo dijo?

—Nadie.

—Si nadie te lo dijo, ¿cómo lo sabes?

—Lo sé, señorita. Eso es todo.

—¿También lo saben los demás?

—Supongo que sí.

—¿*Cómo* lo podéis saber? —se exasperó Vera—. ¿Lo hicisteis vosotros acaso?

—Hacer… ¿qué? —preguntó con dulce ingenuidad la niña, sin dejar de mirarla.

—Oh, déjalo —se pasó una mano por el cabello, dominando su irritación e impaciencia. Recordó que su misión era tratar y comprender a los niños. Lo intentó, al menos, mostrándose suave nuevamente. Puso una mano en las rodillas de la chiquilla y le preguntó—: Dime, Karin, ¿sabes quién se mató esta noche?

—Sí. El señor Skeggs, ese del juzgado.

—¿Y tú qué opinas de eso?

—Nada.

—¿No te da pena que muera alguien?

—No.

—¿Nunca lloras por nada o por nadie?

—No, nunca.

—Karin, ¿crees que eso está bien?

—No lo sé.

—Hay que tener sentimientos. Un niño debe sentir lo malo que le ocurre a otra persona. Es de humanos sufrir, Karin.

—Los mayores nunca lloran. Ni cuando hacen daño a los niños.

Vera respiró hondo. Karin era una niña difícil, muy difícil. Pero sus respuestas poseían una fría lógica infantil que causaba casi escalofríos.

—Es posible que tengas razón, Karin. Los mayores no somos buenos. Cuando dejamos de ser niños, dejamos de ser inocentes y nobles. Pero tú aún eres niña. Debes ser diferente.

—¿Por qué? Los hombres y las mujeres se aman, son felices. Si tienen un hijo, lo tiran al arroyo. Y siguen siendo felices. Pero ¿y el hijo, señorita Munro?

Era escalofriante, pensó Vera. Había rencor en aquellas frases. Mucho rencor. Recordó que hablaba con una huérfana, abandonada quizá por sus padres. Trató de ahondar en ese punto.

—¿Viven tus padres?

—No lo sé. Nunca lo supe. Me abandonaron. Hay niños que tienen padres. Yo, no. No sé lo que es eso. Ninguno de nosotros lo sabe.

—El señor Steele fue un padre para vosotros.

—El señor Steele está muerto. Pero no era *mi padre*.

—Karin, ¿odias a tus padres?

—Sí. Mucho. Desearía verlos muertos. Desearía matarlos yo misma.

Lo dijo heladamente. Con una luz fría en sus bonitas pupilas infantiles. Con una voz atiplada y suave a la vez, con aquella carita ingenua, dulce, auroleada por la melena casi platinada. Vera sintió que se le erizaban los cabellos.

—Karin, eso no se dice nunca. Nunca. Ni se debe sentir odio así. Los niños no pueden odiar. Ni desear la muerte de nadie.

—¿Y los mayores sí?

—Tampoco. Nadie debe desear que muera un semejante. Y menos aún matarle él.

—¿Por qué me dice todo eso?

—Porque debes saberlo, Karin. No me gusta que una niña tan adorable como tú albergue sentimientos tan terribles en su corazón.

—No soy yo sola. Todos pensamos igual.

—¿*Todos*?

—Sí. Los mayores nos hicieron desgraciados. Ellos tienen la culpa.

—Es posible, Karin. Pero el señor Skeggs, por ejemplo, ¿qué mal os hizo?

—Era una persona mayor. Y además, iba a echarnos de aquí.

Vera tenía miedo de hacer cierta pregunta. Por eso siguió otro camino.

—Yo también soy mayor, Karin. ¿Me odias?

La niña titubeó, mirándola con aquella rara fijeza suya. Luego negó despacio.

—No. No la odio —dijo.

—Al principio, en la capilla, me pareció que sí me mirabas con poco afecto.

—Tal vez la odiara entonces, no sé. Ahora no.

—¿Te soy simpática, acaso?

—Es posible. Es usted bonita y dulce. No es como la horrible señorita Swift.

Otra vez aquel temor oculto, profundo, que ella no quería sentir. Tomó fuerzas para seguir aquel diálogo tenso, extraño, casi alucinante.

—¿Odiabas también a la señorita Swift?
—Mucho, sí.
—¿Por qué?
—Era antipática. Cruel. Nos castigaba por hacer mal los deberes. O por distraernos en la clase. El señor Steele iba a echarla de aquí.
—Pero no la echó. Se murió.
—Sí. Se murió.
—Supongo…, supongo que su muerte te alegró.
—Sí. Nos alegró mucho a todos.
Vera suspiró. Pisaba terreno resbaladizo, pantanoso. Y lo sabía.
—¿Cómo murió la señorita Swift, Karin? —quiso saber.
Pero en el fondo, ella *no quería* saber, tenía miedo a la respuesta.
—Murió… de un accidente.
—¿Qué clase de accidente?
—Se cayó por la ventana de su habitación. Se mató al pie de la fachada, sobre las losas de la entrada. Dicen que tenía muy mal aspecto. Yo no la vi.
—¿Nunca ves a los que mueren así?
—No, nunca.
—Pero sí fuiste a ver al señor Steele.
—Era diferente. Además, Norman nos dijo que fuéramos todos.
—Norman… ¿Es él quien da las órdenes?
—Sí.
—¿Él os ordenó que no bajarais esta noche a ver al señor Skeggs muerto?
—Sí.
—¿Y que no vierais muerta a la señorita Swift?
—Sí.
—¿Cómo te lo ordenó esta noche? ¿Ha venido aquí, a tu cuarto?
—No. No hace falta. Él lo dice. Y nosotros lo sabemos.
—Lo dice… *¿cómo*? —insistió Vera, alucinada.
—Eso no le importa, señorita Munro. Nos lo dice, eso basta. Nosotros lo sabemos. Es todo.
—Pero, Karin, escucha. Tiene que haber un medio por el que Norman os diga que…
—Señorita Munro, ¿qué quiere saber de mí? ¿Por qué no me lo pregunta, en vez de hacerlo a Karin?
Vera se volvió, dominando un grito de sobresalto. Se quedó

mirando a Norman, erguido en la puerta de la habitación, que había abierto tan silenciosamente que ni siquiera llegó a darse cuenta de ello.

El rubio niño sonreía apacible, casi cariñoso, sin pestañear, sus azules ojos fijos en la joven maestra, igual que un dulce querubín.

Pero Vera supo que había algo maligno en él. No sabía el qué. Y eso es lo que más le aterraba en este momento.

Capítulo IV

Esos niños me asustan. Me asustan mucho, la verdad.

La señora Oates no dijo nada de momento. Retiró el pote de agua hirviendo del fuego y preparó el té. Allá afuera, tras la vidriera de la puerta de la cocina, se veía un leve resplandor azul en la distancia. Era el amanecer. La nieve continuaba cayendo copiosamente, como un velo blanco y ominoso, que hacía crecer y crecer el nivel de la blanca alfombra exterior.

—Son encantadores —suspiró la mujer que actuaba como ama de llaves, cocinera y un sinfín de labores domésticas más—. Pero estoy de acuerdo con usted. A veces me digo que son demasiado listos, demasiado observadores. Y muy callados. No parecen niños normales. Apenas juegan. Apenas corren y escandalizan. Eso no es normal, pero no creo que tenga que sentir miedo de ellos, señorita Munro.

—¿Qué decía de sus hábitos el señor Steele? ¿No les enseñó a actuar y jugar como niños? A veces parecen *demasiado* adultos para su edad. Y odian a los verdaderos adultos de un modo visceral, inquietante.

—El señor Steele estaba orgulloso de ellos. Decía que eran tristes porque la vida les había golpeado duro. Todos ellos son huérfanos, pero no porque sus padres murieran, sino porque les abandonaron al nacer o con pocos años.

—Sí, eso lo entiendo bien. Pero hay algo raro en ellos. Se comunican entre sí sin hablar, como si fuese telepáticamente. Todos piensan igual, son como partes de una misma cosa, piezas de un todo homogéneo. Norman les dirige al parecer. Y lo que él decide todos lo siguen, aunque ni siquiera lo diga en voz alta. ¿Sabe lo que me contó el propio Norman antes, cuando le pregunté cómo se comunicaba con sus camaradas sin entrevistarse ni hablar con ellos?

—No me lo imagino, la verdad —la miró la señora Oates,

mientras colaba el té.

—Dijo que se conocían demasiado bien todos ellos. Que eran como hermanos gemelos. Como siameses, incluso. Lo que uno pensaba lo sabían los demás. Y que eso les hacía sentirse muy unidos.

—La verdad, puede que sea así. Yo no le buscaría ninguna explicación anormal a su actitud, señorita Munro. Los niños siempre resultan sorprendentes.

—Sí, y éstos mucho más aún —suspiró Vera, abatida.

—Serénese, tome un té y vaya a descansar un poco, si puede —rogó sonriendo la señora Oates, poniendo ante ella una taza—. Yo subiré a servir otro té a los niños. No creo que nadie duerma ya en esta casa en la mañana de hoy…

—Ciertamente, yo no. No me sería posible, se lo confieso. —Dio vueltas al té, tras ponerle un terrón de azúcar—. Vaya, vaya. Me quedaré aquí, ante la lumbre. Y veremos, cuando aclare más, si es posible salir de aquí de alguna forma para avisar a las autoridades de lo sucedido.

—Sí, querida, quédese tranquila —dijo la mujer, saliendo con una bandeja repleta de servicios de té—. Yo vuelvo en seguida.

Vera se quedó sola. Apuró su té con rapidez. El calor de la infusión le dio algún alivio a su aterido cuerpo. No era frío lo que sentía ahora. No el frío que producía el clima, cuando menos. Se incorporó, frotándose los brazos y hombros paseando por la cocina. Llegó hasta la despensa, miró a su interior, repleto de embutidos, carne, latas y toda clase de provisiones. Se dijo que si duraba el aislamiento, no había problemas respecto a la alimentación.

Tuvo un leve estremecimiento al recordar su charla con Karin y con Norman. Había algo en todo aquello que no le gustaba. Algo que no entendía, que escapaba a su percepción. Algo demasiado sutil, tal vez intangible. Quizá algo que ni siquiera era de este mundo, pensó con una sensación de angustia profunda.

De repente, la mano helada se posó en su nuca, en sus cabellos. Algo gélido goteó por su nuca, erizándole la roja melena.

Vera lanzó un largo, espeluznante grito de terror.

* * *

—No se asuste, por favor, señorita. No pretendí atemorizarla, lo siento…

Vera Munro contempló con estupor al hombre que se erguía ante ella, con los cabellos, las ropas y las cejas totalmente cubiertos de nieve. Sus manos mojadas goteaban nieve derretida, de ahí el helado contacto.

—¿Quién es usted? —demandó ella, todavía sobresaltada—. ¿Qué hace aquí?

—Me perdí en la nieve —explicó él roncamente—. Vi este edificio y traté de abrirme paso hasta él. Fue muy difícil, la verdad. Me hundía en esa maldita nieve hasta el cuello. Es como caminar sobre un millar de trampas. En cualquier momento puede hallar uno una zanja profunda y sepultarse para no salir más. Y la nieve sigue cayendo. Vengo exhausto, lo siento…

Y se desplomó pesadamente en una silla de la cocina, que crujió bajo el peso de su atlética figura. Parecía realmente extenuado, empapado hasta los huesos, agotadas sus energías. Vera le estudió más calmada.

Era un hombre joven. Joven y guapo, pensó con un criterio muy femenino. Alto, de buen porte, cabello castaño, fino bigote a la moda, cabello peinado con raya a un lado y removido por haberse deteriorado la capa de fijador. Lucía un impermeable largo, color gris, y debajo se veía una chaqueta marrón, suéter de cuello en V, bordado con dibujos azules sobre fondo gris de lazo granate. Un joven elegante, sin duda. Tal vez de la buena sociedad. Tenía el calzado lastimosamente mojado y deformado.

—Lo siento —musitó ella—. Logró usted asustarme cuando me tocó.

—No quise hacerlo, pero me caía y me aferré a usted. Creo que estoy peor de lo que imaginé. Llevo desde la madrugada buscando un sitio donde refugiarme. Mi Daimler está virtualmente sepultado en la nieve.

—Su… ¿qué? ¿Lleva usted un Daimler?

—Sí. Flamante, y de color blanco. Casi no se ve, metido en la nieve. Acabo de estrenarlo. No he tenido demasiada suerte.

—Debe ser muy rico para tener un Daimler —dijo Vera desdeñosa.

—No lo crea —rio el joven, recuperándose lentamente y

asomando algo de color a sus ateridas mejillas, gracias al fuego de la chimenea—. Sólo soy un escritor de cierto éxito últimamente. Compré ese coche con mis derechos de autor por el último libro editado.

—De todos modos, rico o pobre, está necesitando algo caliente. Y ropa seca —dijo ella, decidida—. Le serviré un té. Quítese esas prendas, pronto. Sobre todo el calzado y los calcetines.

—Pero no pensará que voy a desnudarme delante de usted, señorita.

—Le aseguro que no pienso mirarle. Ni tampoco escandalizarme —rio ella—. He visto en esa despensa toallas y sábanas limpias. Se podrá envolver con una mientras vuelve la señora Oates.

—¿La señora de esta casa?

—No, no. Sólo el ama de llaves y cocinera. Esta casa sólo tiene un dueño de momento: el juez y los acreedores. Llega usted en un pésimo momento, pero supongo que no lo eligió a propósito. Vamos, ¿a qué espera? Desvístase ya.

—Como quiera —balbuceó el joven, mientras ella iba a buscar ropa seca a la despensa, en uno de cuyos lados guardaba la cuidadosa señora Oates las mudas limpias para cambiar camas y cuartos de aseo—. ¿Viene de muy lejos?

—De Londres. Iba a Sheffield. Normalmente tomo la ruta de Derby, pero esta vez era imposible. Está ya bloqueada desde hace dos días por la nieve. Elegí ésta, comenzó a nevar… y aquí estoy —carraspeó mientras se desvestía—. Mi nombre es Kenneth Wilcox. Pero me gusta que mis amigos me llamen Ken. Sólo Ken.

—Bien, señor Wilcox…, digo Ken, yo soy Vera Munro, maestra de profesión. Y éste era hasta ayer un orfanato privado. Ahora nadie sabe lo que era. Ha sido embargado, su director ha muerto de repente, y el oficial del juzgado que practica el desahucio también falleció en un accidente esta misma madrugada.

—Vaya, ustedes sí que se divierten aquí —comentó con sorna el viajero.

—Lo peor es que además de estar bloqueados por la nieve, como usted muy bien sabe, el teléfono está averiado y no podemos comunicar con ningún sitio.

—Pues está todo de maravilla —rio Ken Wilcox—. ¿No les ocurre nada más?

—Ahora le tenemos a usted. Es la última novedad. Un escritor entre nosotros. ¿Cuál es su especialidad literaria, Ken?

—La aventura, señorita Munro.

—A mí también me gusta que me llamen Vera, simplemente —ella sonrió irónica—. De modo que la aventura, ¿eh? Pues posiblemente tenga ocasión ahora de escribir sobre una completamente inédita.

Se volvió, tirándole una toalla de baño y una sábana. El joven estaba solamente en calzón. Vera no pudo por menos de admirar sus músculos, su figura enjuta, pero atlética, de hombre que practica deporte habitualmente. Él no pareció cohibirse ante la mirada femenina. Sin embargo, eligió cuidadosamente la toalla, la desplegó y se enroscó en ella, sin despojarse del calzón. Descalzo, se sentó de nuevo.

—Me siento como un patricio romano —bromeó, tomando un trago de té con evidente alivio—. Es usted un ángel, Vera. En todos los sentidos. Nunca esperé que la primera persona que encontrase después de mi odisea fuese precisamente una mujer tan joven, tan atractiva y encantadora.

—Le aseguro que los romanos nunca llegaron a impresionarme demasiado —rio Vera de buen humor—. Pierde el tiempo si quiere deslumbrarme con sus elogios.

—Son sinceros, créame. Habitualmente, en estas viejas casonas victorianas que aún quedan por el país, habitan viejas familias de estirados miembros y rostro poco amistoso, con solteronas y viudas de nada grata apariencia.

—Esta es una casa muy especial, se lo aseguro. Pero también existe el viejo ocupante Victoriano. Arriba hay un tal sir Clifford Prowse, ex militar colonial y propietario de esta finca. Hoy día es un anciano ciego, mudo y sordo, que agoniza lentamente acompañado de una persona que le cuida día y noche.

—Extraños inquilinos los de esta mansión. Un viejo militar decrépito, un orfanato… Supongo que hay niños también.

—Niños… —Vera se angustió de pronto al recordar que sí existían niños allí—. Claro, claro. Esa es otra, Ken. Le hablaré de ello en otro momento. Creo que la señora Oates regresa ya…

Así era. La buena mujer se quedó de una pieza al ver a aquel caballero enfundado en una toalla de baño a guisa de túnica

romana, con un montón de empapadas ropas sobre una silla. Vera explicó la situación e hizo las presentaciones.

—No se preocupe, señor —se apresuró a hablar la cocinera y ama de llaves de Prowse Manor—. Le bajaré en seguida algunas ropas del señor Steele. Era más o menos de su misma estatura. Creo que le sentarán bien un pantalón, una camisa y una chaqueta suya. También le buscaré calcetines y unas zapatillas. Mientras, siga calentándose al fuego. ¿Su coche quedó muy lejos de aquí?

—En el camino de Bingham, a cosa de unas cuatro o cinco millas de aquí. Ha sido el peor recorrido que tuve que cubrir en toda mi vida, con la oscuridad de la noche y esa nevada encima. Y eso que he viajado y pasé malos ratos en sitios como la selva malaya o los desiertos africanos…

La señora Oates salió para buscar ropa seca. Vera se sentó junto a su nuevo amigo, mirándole curiosa. Observó que los ojos del joven eran grises e inquisitivos, y que tenían un brillo entre pícaro y astuto.

—Y bien, ¿qué tiene que contarme sobre los niños de este orfanato? —se interesó Ken Wilcox, buscando su mirada con interés.

Vera le contó en pocas palabras la situación de la casa desde su llegada hasta ese preciso momento. El joven escritor la escuchaba atentamente, con gesto que pasaba con facilidad de la perplejidad al asombro y de éste al desconcierto. Por fin, al terminar ella su relato, él permaneció en silencio unos momentos.

Después sólo aventuró un breve comentario, mientras se servía otra taza de té.

—Es una historia que roza lo inverosímil. Usted parece tener miedo a esos niños.

—¿Miedo? No sé. Es posible que sí. Cuando menos, me inquietan.

—Pero si no salieron de sus habitaciones, ¿cómo pudieron hacer daño al señor Skeggs?

—No lo sé. Es sólo una aprensión personal, tal vez esté dejándome llevar por mi imaginación.

—Y eso que no es escritor —rio Ken—. Ahora seré yo quien tendrá que imaginar cosas. Espero que no se desorbiten mis pensamientos. ¿Cree que han cortado la línea telefónica aquí

mismo, y no se trata de una avería exterior?

—Sí, lo creo. Me resulta difícil aceptar ciertas casualidades, Ken.

—A mí también. En ese punto estamos de acuerdo. Usted también parece sospechar que las muertes de la señorita Swift, su antecesora, y la de Skeggs no fueron accidentales.

—No estoy segura, la verdad.

—Si no fue accidente, tuvo que ser… *asesinato* —dijo mirándola fijamente.

—Sí —afirmó Vera, con un hilo de voz.

—¿Y la muerte del señor Steele?

—Eso es diferente.

—¿Por qué?

—Lo encontraron muerto en su despacho, apaciblemente, tras recibir la noticia del embargo. Además, a Steele le querían mucho sus discípulos y protegidos. Le debían todo lo que disfrutaban en este orfanato privado: enseñanza, una vida libre, una disciplina menos férrea que en un centro oficial, un trato más humano…

—Sigue centrando sus sospechas en esos niños. Ardo en deseos de conocerlos. Sobre todo a Norman y a Karin.

—Los conocerá, no se preocupe. Esa nevada no lleva trazas de ceder —dijo Vera, señalando hacia la puerta vidriera de la cocina, por donde entrara Ken Wilcox poco antes.

A través de ella, podía verse caer la copiosa cortina blanca, de modo incesante, mientras crecía y crecía el nivel de la nieve en el exterior.

—Sí, por todos los demonios —masculló Ken, escudriñando el amanecer, que cobraba ahora una tonalidad deslumbrante a causa del resplandor en la nieve—. Mi coche debe de estar ya totalmente tapado. Debí adquirir mejor un submarino.

—Sin duda —rio Vera de buen humor—. Casi le saldría más barato que un Daimler. ¿Quiere comer algo? Debe tener hambre tras su odisea allá fuera.

—Si eso no molesta a la gente de esta casa… me gustaría sentir algo sólido en mi estómago, que no fuese solamente té.

—Yo se lo prepararé mientras vuelve la señora Oates. Quedó por ahí algo de caldo y de asado. Le aseguro que le gustará —dijo resueltamente Vera dirigiéndose a la cocina, ya encendida para las tareas de aquel día.

* * *

Ken Wilcox contempló a Vera Munro, en pie al fondo de la sala destinada a clases. El aula aparecía completa, con los once niños sentados ante sus pupitres. La luz del día, centuplicada en intensidad por la nieve, penetraba por los ventanales enrejados. Un reloj mural marcaba las diez en punto de la mañana.

Fuera el frío era intensísimo y la nieve no cesaba de caer. El joven escritor hizo un gesto a Vera, tras dirigir una ojeada a las once cabecitas alineadas ante la maestra, que iniciaba así su primera y posiblemente última clase en el orfanato de Nottingham. Ella sonrió, moviendo la cabeza. Rápidas se volvieron dos cabezas hacia él.

Dos cabecitas rubias. Dorada una, casi platinada la otra. Ken sabía quiénes eran los dos curiosos, sentados en la primera fila de pupitres, junto al moreno y silencioso Marco: Norman y Karin. Observó sus miradas, azul una, verde la otra, fijas en él por un momento.

No le gustaron. Había algo frío y deshumanizado en ellas, que contrastaba poderosamente con el angelical rostro de las criaturas. Se ausentó sin esperar a más y caminó hacia la parte trasera de la casa, donde Eric se ocupaba de limpiar de nieve la puerta posterior, abierta ahora y mostrando una capa de nieve en el suelo de al menos dos pies largos de grosor.

—Esto costará arreglarlo —se quejó el criado de mala gana—. Cuando se hiele, será como moverse sobre una pista de hielo. Lo lamento por su coche, señor.

—Yo también. Pero empiezo a resignarme ya, amigo —musitó Ken.

Clavó sus ojos en unas cruces y lápidas, allá al fondo, tras los remaches de hierro oxidado de una vieja verja derruida. Como farolillo de aquel decorado real, la estructura en piedra de una pequeña iglesia, la capilla de Prowse Manor, con sus tejadillos cubiertos de nieve y su derruido campanario festoneado de guirnaldas blancas.

—¿Sigue allí el cadáver del señor Steele? —preguntó curioso.

—Sí, señor, ¿qué remedio? Tenía que ser enterrado en ese pequeño y olvidado cementerio dentro de dos horas. Me temo que

ello nunca sea posible. Por fortuna, el intenso frío evitará la corrupción del cuerpo… Bueno, eso espero.

—Claro. ¿No disponen de raquetas aquí para andar por la nieve?

—No, señor. Y bien que lo lamento.

—¿El señor Steele era aficionado a algún deporte, les hacía practicar a los niños?

—A él le gustaba el cricket. A los niños les hacía jugar partidos de badminton o de tenis, eso era todo.

—¡Bravo! Es lo que quería. Eric, tráigame dos raquetas de tenis o badminton. Será todo lo que necesito para andar por la nieve.

—Vaya, es toda una idea, señor. Sí, se las traigo de inmediato —asintió el criado perplejo—. ¿Es que piensa ir a rezar a la capilla?

—Sí, algo así —afirmó Ken pensativo, sin desviar sus ojos astutos de la edificación religiosa.

Eric se alejó. Ken siguió allí. Oía las voces de los niños dando clase. La nieve caía en gruesos copos constantes. Murmuró para sí:

—Me gustará echar una ojeada al cuerpo del señor Steele. Tal vez en eso se equivoquen todos, y haya más de dos asesinatos en esta casa…

Capítulo V

Fue un trabajoso recorrido.

La nieve cubría totalmente el terreno alcanzando más aún del espesor que él calculara previamente. Sus piernas se hundían hasta el muslo e incluso hasta la cintura, a veces hallaba sepultado su cuerpo en el esponjoso elemento blanco, resultándole casi agotador avanzar una sola yarda de distancia.

Especialmente en el viejo cementerio en ruinas la cosa se hizo aún más difícil y peligrosa. Si alguna de aquellas antiguas lápidas cedían bajo el peso de la nieve, produciendo una fosa, estaba seguro de que iría a parar sin remedio al fondo mismo de tan fúnebre y siniestra sima. Pero en ocasiones, el llevar las raquetas de badminton sujetas a sus pies con correas le permitía moverse sobre la superficie algo helada, sin profundizar demasiado en el grueso manto albo.

Por fin arribó ante la puerta de la pequeña iglesia, capilla o lo que aquello hubiera podido ser a lo largo de los años. A Ken le recordó las pequeñas ermitas que había encontrado en algunos de sus viajes por otros países europeos de carácter latino.

Entró en el recinto sagrado, arrastrando consigo gruesas pellas de nieve que rodaron por las losas del interior, comenzando a derretirse en forma de agua y barro. Miró al altar, con su gran crucifijo central y la masa de piedra debajo. El silencio y la soledad del lugar, lúgubremente oscuro ahora, le produjo cierta impresión. A través de unas grietas en el techo abovedado, una penumbra grisácea prestaba a la capilla un aire casi medieval, entre triste y sobrecogedor. Sin embargo, la presencia del crucifijo rompía ese aire ominoso y sombrío. Ken Wilcox se persignó brevemente ante él. No era católico, ni siquiera religioso. Pero siempre había sentido un profundo respeto ante la Cruz y su significado.

Luego caminó por el corredor central, entre la doble hilera de

filas de bancos de madera. Miró a un lado y a otro, tratando de habituar sus ojos a aquella penumbra, tras el cegador destello de la nieve en la gélida mañana exterior. Estaba buscando el túmulo funerario que le describiera la joven Munro poco antes.

Lo encontró al fin, a su izquierda, en una especie de recodo de la capilla, bajo una bóveda oval. Se quedó perplejo. La sangre casi se congeló en sus venas, equiparándose a la nieve de la campiña.

Allí no había nada. Allí no había *nadie*.

Ni el menor rastro del cadáver de Howard Steele, propietario del orfanato de Loomish Hill.

* * *

—Pero eso no es posible… ¡No es posible, señor! —tartajeó Eric, demudado.

—Vaya si lo es —afirmó calmoso Wilcox—. Allí no hay nada de nada. Ni rastro de ese difunto, Eric. Pensé que usted le habría trasladado sin decir nada a los demás.

—¡Cielos, claro que no! —protestó el criado—. Sólo pensaba trasladarlo a su fosa en el cementerio. Y ahora, ni siquiera puedo hacer eso con semejante nevada encima, señor Wilcox… No puedo entender lo que ha sucedido.

—¿Cree que han sido los niños quienes…?

Wilcox no terminó su frase. Eric le miró con profundo horror y meneó negativamente la cabeza. Su voz sonó insegura, crispada:

—No, no lo creo. No puedo creerlo, señor, la verdad.

—Yo, sí —terció fríamente Vera, que permanecía callada y ensombrecida durante la breve charla entre el forastero y el criado —. Es más, estoy segura de que eso es lo que ha ocurrido. Tendré que ver a esos niños y preguntárselo.

—Si son como usted me ha dicho, no se lo dirán —rechazó Ken —. Saldrán con sus ambigüedades de siempre, Vera. ¿Por qué no intentamos hallar el cadáver de Steele, donde lo hayan escondido ellos, y salimos de dudas? Este robo macabro resulta tan insólito como poco agradable.

—Eric, usted es quien mejor conocerá esta casa —apuntó Vera —. ¿Dónde cree que podría ocultarse un cuerpo, sin ser hallado fácilmente?

—A mi juicio, sólo hay dos sitios: el sótano… y la buhardilla. Pero en ésta se hallan residiendo sir Clifford y la señorita Beswick.

—Por tanto, queda el sótano. —Vera tomó una decisión—. Vamos allá, Eric. ¿Hay luces abajo?

—No, señorita. Traeré unas linternas en todo caso —dijo Eric, no muy seguro de que le entusiasmara la idea de bajar a buscar un cadáver al sótano.

Pero regresó con tres lámparas eléctricas. Y los tres iniciaron la búsqueda en el subsuelo de Prowse Manor. Era un gran sótano repleto de objetos inútiles, viejos muebles estropeados, ratas bulliciosas y profundas tinieblas. La humedad allí resultaba insoportable.

Encontraron un viejo arcón funerario de origen exótico, pero estaba vacío contra lo que pensaron inicialmente, y el cuerpo sin vida de Steele no apareció por parte alguna.

—Creo que hemos terminado con esto —resopló al fin Ken—. El sótano es un lugar abominable y siniestro, pero el cadáver que buscamos no está aquí.

—Entonces, volvamos —sugirió Vera desilusionada—. Ya ha terminado la búsqueda.

—No, no del todo —rechazó el escritor—. Eric habló de otro lugar.

—¿La buhardilla? —vaciló el criado, contemplándole al resplandor fantasmal de la linterna—. Pero está habitada. ¿Quién iba a subir allí un cadáver, señor?

—No lo sé. Tal vez la señorita Beswick, si es que los niños no fueron los macabros ladrones —sugirió ahora Wilcox, con acento irónico—. ¿Por qué no, Eric?

—Eso suena a disparate —objetó Vera—. Pero ¿por qué no probar? ¿Es grande la buhardilla, Eric?

—Posee tres habitaciones y un aseo habilitado por sir Clifford para morar allí con una cierta comodidad. Es bastante amplia, sí.

—Entonces, existe la posibilidad. ¿Qué tal si visitamos a ese anciano caballero y a su hermosa señorita de compañía, Vera? —insinuó Ken, risueño.

—Como quiera —se encogió ésta de hombros—. Pero empiezo a pensar que lo que usted quiere es conocer personalmente a esa mujer.

—Confieso que me seduce más verme ante esa dama tan bella y exótica que usted describió, que delante de un frío y rígido cadáver, pero ambas cuestiones me interesan ahora por un igual, dadas las circunstancias.

—El aventurero escritor busca el nuevo tema para otro libro, ¿no? —bromeó Vera.

—Recuerde que mi Daimler está posiblemente arruinado en estos momentos —se quejó burlonamente Wilcox—. Tendré que ir pensando en ganar dinero para adquirir otro coche. ¿No piensa ayudarme?

—Está bien, vamos arriba —suspiró la joven maestra—. Veremos cómo nos recibe el viejo huésped de esta casona…

* * *

La recepción no fue demasiado mala para lo que ella esperaba de tan solitario y extraño inquilino.

Primero, Doris Beswick salió a recibirles. Ahora, sin su deshabillé de la noche anterior, estaba igualmente hermosa e inquietante, pensó Vera, mirando de soslayo a su compañero, en cuyo rostro advirtió un interés muy especial por el encanto físico que emanaba aquella mujer tan saturada de sensualidad a flor de piel.

El cuerpo alto y espléndido de la hembra de piel broncínea aparecía envuelto en un vestido muy a la moda, salpicado de perlas sobre el satén rosa pálido, que hacía juego con unas medias también rosadas y unos zapatos de raso, puntiagudos y abotonados al tobillo, de color rosa fuerte. Lucía en sus negrísimos cabellos una ancha cinta de seda a la moda, con cuentas de vidrio rosadas. Los senos desnudos marcaban su grueso pezón contra el tenue tejido. Las caderas y muslos se adherían al satén brillante, como si éste formase una segunda epidermis sobre ella. El resultado era altamente provocativo, pero no exagerado. Vera casi sintió envidia de aquella belleza inquietante, pese a reconocerse a sí misma como una chica atractiva y con encantos físicos suficientes.

—De modo que un escritor se pierde en la nieve y va a caer en Prowse Manor —comentó Doris clavando en Wilcox sus penetrantes pupilas negras—. Divertida aventura, ¿no cree?

—No demasiado —suspiró Ken—. Un lugar donde hay dos cadáveres no resulta demasiado acogedor. Y si uno de ellos ha desaparecido, menos aún.

—¿Desaparecido? —ella enarcó las cejas—. ¿A qué se refiere?

Vera se lo explicó. Las pupilas de la Beswick brillaron enigmáticas. Luego sus gruesos labios sensuales esbozaron una sonrisa.

—Casi sería cómico, si no resultara tan macabro —observó—. ¿Han subido a ver si lo tenemos escondido aquí?

—No, señorita Beswick —rechazó Ken, cortés—. Pero Eric nos dijo que esta zona alta de la casa es bastante amplia. Alguien pudo subirlo aquí, sin ustedes saberlo.

—Resulta algo difícil. Habrán notado que cruje el escalón número cuatro de la escalera que conduce aquí. Si suben por ahí con una carga tan pesada como debe resultar un cadáver humano la madera crujiría de modo muy fuerte y yo lo oiría, aunque no el señor Prowse. Pero pasen, por favor. Sir Clifford no podrá verles, apenas les oirá y no le será posible dirigirles la palabra, pero ya que están aquí, creo que deben conocerle… Síganme, por favor.

La siguieron en silencio, desde la estancia donde ella les recibiera hasta la inmediata, mucho más amplia y luminosa. Una ventana dejaba entrar el resplandor de la luz del nublado día, reflejada por la nieve que lo cubría todo. Tras la vidriera se veían flotar mansamente los gruesos copos.

Un hombre aparecía sentado tras una pesada mesa repleta de libros. Estaba de espaldas a la ventana, encorvado sobre un volumen en el que apoyaba sus sarmentosas manos huesudas. Una blanca melena revuelta remataba su cabeza. Llevaba unas gruesas gafas de vidrios casi negros, con un puntito transparente en el centro, grandes patillas blancas y algodonosas sobre el rostro rugoso, apergaminado. Una fea cicatriz surcaba su cuello, desde la oreja hasta la nuez, recuerdo sin duda de aquel proyectil que le dejó mudo en la guerra colonial. Se envolvía en una gruesa bata de cuadros azules, y parecía tan ausente de ellos como si estuviera a mil millas de distancia.

Doris se acercó a él, seguida por los dos visitantes. Vera observó que el volumen que el anciano «leía» era un libro perforado por el sistema Braille, para ciegos. Sus dedos, ágiles y rápidos, recorrían el

grabado de cada página.

—Sir Clifford —dijo Doris, parándose a su lado y oprimiendo su hombro con los bronceados dedos, rápida y diestramente, en una repetición morse de sus palabras—. Tiene visitas. La nueva maestra, la señorita Munro y un joven huésped, un escritor, Kenneth Wilcox… Desean presentarle sus respetos.

Vera y Ken cambiaron una rápida mirada de desasosiego. El lugar olía a humedad y a frío. Ardía un fuego en el hogar, pero el frío era de otra naturaleza. Aquel anciano parecía por sí mismo un cadáver viviente. Le temblaban las manos que alzó en muda salutación, al tiempo que un gorgoteo sordo era cuanto brotaba de sus labios descoloridos, pretendiendo acaso representar palabras. Vera notó fijas en ella, a través de aquellos negros lentes, unas pupilas que tal vez no veían bien, pero que llegaban a su persona como dos agujas heladas y profundas, desde una distancia que no parecía de este mundo.

—Quiere decirles que celebra su visita y se la agradece —sonrió Doris—. Sir Clifford no es demasiado amigo de convencionalismos sociales ya, dado su estado. Tampoco gusta de visitas. Pero a veces se siente solo y la presencia de alguien que no sea yo parece animarle un poco.

—¿No recibe nunca otra visita? —se interesó Vera, estudiando al anciano sentado en aquel butacón.

—Sólo de tarde en tarde. Un par de veces ha estado aquí el señor Steele, otra la señora Oates, alguna vez los niños…

—¿Los niños subieron aquí? —se sorprendió Vera, sintiendo un leve estremecimiento.

—Sí, pero muy de tarde en tarde, y creo que por insana curiosidad infantil más que por otra cosa —sonrió Doris forzada—. Ya sabes lo que pienso de ellos.

—Sí, Doris, lo sé —afirmó Vera. Tras una indecisión, señaló a sir Clifford—. ¿Puede oírnos, ver algo?

—Ve sombras y poco más. Pero la luz da en sus rostros ahora. Puede leer en sus labios. Será mejor que no hable del cadáver. Quizá no le gustase mucho a él. Como ve, es difícil que traigan aquí una carga semejante, querida.

—Sí, empiezo a darme cuenta. —Vera dejó resbalar sus ojos distraídos por los lomos de los libros alineados en las estanterías.

Casi sintió pavor. Un oscuro y helado miedo a algo indefinible, malsano, que flotaba en aquel ambiente… o que así se lo parecía a ella.

Tal vez los viejos volúmenes tenían la culpa. Los títulos que, en caracteres rojos, dorados o casi borrados por el tiempo, veía allí ante ella, no eran nada alentadores ni contribuían a disipar el clima y agobiante de aquella casa: *Vampirismo, Historias de satanismo, Culto al Diablo, Licantropía, Poderes ocultos y nigromancia, El Tarot y sus enigmas, El Anticristo, Sadismo y perversión, Wurdalaks y Vrolaks, El Vampiro en Europa, Hombres Lobo y Mujeres Gato*…

Era una biblioteca espeluznante. Desvió la mirada al tener la sensación incómoda de que las pupilas casi ciegas del anciano estaban fijas en ella y en la trayectoria de sus ojos.

—¿Se ha arreglado ya al teléfono? —la voz de Doris parecía llegar de otro planeta, rompiendo las telarañas imaginarias y viscosas de las imaginaciones tétricas de Vera.

—No, aún no —negó la joven maestra, saliendo de su abstracción—. Todo sigue igual abajo. Y el pobre señor Skeggs esperando a que puedan trasladarle a la Morgue local alguna vez…

—Es una situación muy desagradable —admitió Doris gravemente—. Espero que deje pronto de nevar y pueda resolverse todo. Con esa cantidad de nieve fuera no se puede dar un paso… Estamos condenados a permanecer aislados mientras dure.

—Usted acaba de decir algo singular, señorita Beswick —dijo Ken, de súbito, mirando a la hermosa y exótica mujer.

—¿Sí? —las cejas de ella formaron dos arcos perfectos sobre las profundas pupilas oscuras como la noche—. ¿En qué sentido, señor Wilcox?

—Eso que mencionó… No se puede dar un paso. Es la verdad. Me pregunto cómo alguien pudo ir a la capilla y volver con su carga… sin dejar huella alguna en la nieve ni hundirse en ella con semejante peso.

Doris entendió. Cruzó una mirada con Vera, que tenía un estremecimiento sutil a flor de piel. El anciano parecía ajeno de nuevo a ellos, sumido en la lectura de su volumen a través del tacto de sus sensibles dedos rugosos.

—Sí, eso es cierto —señaló al exterior—. Desde aquí se domina todo: cementerio, capilla… Y no he visto otra señal de pisadas que

las dejadas por unas raquetas en la nieve…

—Fui yo —dijo Ken, tomando del brazo a Vera—. Creo que no molestaremos más. Nos vamos, señorita Beswick. Ha sido muy amable con nosotros. Mi saludo a sir Clifford. Debe divertirse mucho con esas lecturas. ¿El Braille también es un libro de vampiros, demonios o licántropos?

Doris le miró algo sorprendida y, al parecer, desconfiada de repente. Encogiose de hombros y manifestó con cierta frialdad:

—No, señor Wilcox. Sir Clifford está leyendo la versión Braille de *Fausto*.

—Entiendo —sonrió Ken, saliendo ya con Vera—. Muy adecuada lectura…

Abandonaron la buhardilla, tras agitarles su sarmentosa mano sir Clifford en muda despedida, acompañada por otro gorgoteo que tal vez quería ser amable pero que sonaba ominosamente. Bajaron las escaleras de madera empinadas que conducían a la segunda planta de la casa.

Crujió el peldaño número cuatro, como dijera Doris Beswick, al pisarlo ellos. Ken contempló sus zapatos como si fuesen culpables de algo. Llegaron a la planta inferior en silencio. Allí, Ken murmuró, pensativo:

—*Fausto*… ¿Qué espera ese anciano? ¿Poder recuperar su juventud a cambio de vender su alma al diablo?

—Es posible. ¿También se fijó en los libros de las estanterías?

—Cielos, claro que sí. Es una biblioteca de escalofrío. Ese lugar resulta muy extraño. Y ese anciano inútil también. No me sentía cómodo allí.

—Yo tampoco —confesó riendo Vera—. Pero no parece que ellos tengan nada que ver con el cadáver desaparecido, ¿no cree?

—A menos que esté oculto tras los libros, no —rio a su vez Ken de buen humor, encogiéndose de hombros—. Vamos, creo que esa visita a las alturas me ha provocado la necesidad de tomar algo fuerte, brandy o whisky, pongamos por caso.

—Estamos de acuerdo. Soy una mujer liberada, de modo que le acompañaré —suspiró Vera decidida.

Capítulo VI

El almuerzo fue silencioso y triste. El hecho de que continuaba nevando de modo tan exhaustivo como irritante, haciendo más y más difícil la situación en la aislada casa de la colina, estaba logrando crispar los nervios de ambos jóvenes, únicos comensales a la mesa, con la excepción de los once niños, educadamente alineados al otro lado de la larga mesa del comedor, y también en profundo silencio.

Entre el leve ruido de cubiertos y vajilla, sonó apagada la voz de Ken en uno de esos instantes, dirigiéndose a su compañera en voz baja:

—Estos chicos parecen muy educados —comentó.

—Demasiado, para haber sido enseñados sin rigidez ni disciplina férrea —musitó Vera en respuesta—. A veces parecen adultos.

—Sí, es posible —los estudió uno a uno—. Pero no me parecen tan siniestros como usted sugirió…

—Ahí está lo malo. Resultan angelicales. Pero algo me dice que no lo son tanto. Su comportamiento es extraño, por eso me siento tan preocupada.

—¿Va a darles clase esta tarde?

—Será lo mejor. Cuanto más ambiente de normalidad noten se sentirán más relajados, imagino. Son todos ellos muy inteligentes y aplicados. No crean el menor problema durante la clase. Harían las delicias de cualquier maestro.

—Entonces no tendrá queja.

—No debería tenerla. Pero preferiría que escandalizaran de vez en cuando, o cometieran alguna travesura. Eso resultaría *humano*. Esto, no.

Ken asintió en silencio, volviendo a mirar a los niños. Notó los ojos de Norman y de Karin fijos en él. Y casi estuvo de acuerdo en todo con Vera. Quizá no eran sólo imaginaciones de ella. No le

gustaba sentirse estudiado por aquellos niños.

Vera Munro se encerró con los muchachos en el aula hasta las cinco de la tarde. La noche caía rápidamente sobre la campiña, y no cesaba de nevar. El nivel de la nieve alcanzaba ya las ventanas enrejadas de la mansión. El cielo nuboso, sin embargo, le pareció a Wilcox algo más tenue y agrisado. Posiblemente en menos de dos o tres horas cesará al fin la maldita nevada, pensó recordando tristemente su Daimler sepultado en alguna parte de aquella estepa blanca.

Eric salió al cementerio usando las raquetas, para abrir una fosa, «por si aparecía al fin el cadáver del señor Steele», según sus palabras. La señora Oates, en la cocina, preparaba alguna cena suculenta, a juzgar por el aroma que llegaba de allí. Ken se encaminó al teléfono de la biblioteca y comenzó a seguir la conexión del mismo cuidadosamente, a lo largo de los empapelados muros de la mansión, de alcoba en alcoba y de pasillo en pasillo.

La casa hubiera parecido en absoluta calma, sumida en un ritmo de vida normal, si no fuese porque resultaba difícil olvidar que había desaparecido el cadáver de su propietario y que otro cuerpo sin vida reposaba en una gélida habitación, esperando su traslado a lugar más adecuado.

A las cinco en punto los niños abandonaron la clase y fueron a la cocina en tropel, para tomar un té con la señora Oates, como acostumbraban hacer a veces. Vera Munro salió del aula ya vacía, encontrándose con Ken Wilcox, que volvía de alguna parte limpiándose las manos con un trapo.

—¿Dónde se ha metido todo este tiempo? —indagó la joven, curiosa.

—Por ahí, removiendo cosas —él meneó la cabeza—. Por cierto, ¿dónde anda Eric?

—No sé. No lo he visto en todo el tiempo. Hicimos un alto en la clase entre tres y tres y cuarto. Los niños fueron al aseo y corretearon un poco por ahí, pero no vi a Eric en absoluto, ¿por qué lo dice?

—Porque si aún no ha vuelto a la casa, lleva ya tres horas en el cementerio. Demasiado tiempo para abrir una fosa.

—Cielos, ¿puede haberle ocurrido algo? —se inquietó la joven.

—No sé. Voy a comprobarlo de inmediato. Si sufrió algún

accidente podría morir congelado en la nieve.

Tomó su juego de raquetas y las adaptó a sus pies. Vera le miraba, intrigada.

—¿Puedo ir con usted? —pidió.

—Si encontramos otro par de raquetas, sí —afirmó vivamente Ken—. Vamos a ver si la señora Oates nos las facilita, ya que Eric no aparece.

En la cocina ya no estaban los niños. Sus vacías tazas de té aparecían dispersas sobre la mesa. La señora Oates, complaciente, buscó otras dos raquetas de badminton, y Ken las adaptó al calzado de Vera Munro, encaminándose ambos hacia el cementerio por encima de la blanca capa de nieve, que no siempre resistía bajo sus pies, pero que comenzaba a helarse en algunos puntos.

Alcanzaron la hondonada del cementerio cuando ya era totalmente oscuro. Precavidamente, Ken había cargado con una linterna, que encendió, proyectándola sobre las sobresalientes piedras blancas de cruces y lápidas, en busca de Eric y de la fosa destinada al desaparecido cadáver. El haz de luz reveló la presencia de la nieve apelmazada. Y finalmente, de una pala apoyada junto a una lápida. Eso era todo.

—No lo entiendo —murmuró Ken—. La nieve no puede haberle sepultado. Cae ya con menos fuerza…

Deambularon un poco más por el viejo cementerio. De repente, Vera señaló tras una de las sepulturas, de la que emergía en la nieve una gran cruz de piedra gris.

—¡Mire allí! —jadeó—. Creo que hay algo en el suelo, Ken…

Él asintió. La linterna reveló la presencia de un bulto oscuro, pegado a la cruz. Caminaron hacia aquel punto. Cuando proyectó la luz sobre ello, un grito ronco escapó de la garganta de Vera. Vaciló sobre sus raquetas. Ken la tomó a tiempo con uno de sus fuertes brazos, impidiendo que perdiera el equilibrio. Pero nadie podía ya dominar el terror profundo que acometía ahora a la joven maestra. Su faz estaba lívida y sus dilatados ojos se clavaban en el suelo.

La nieve allí no era blanca, sino de un rojo oscuro, como de óxido. La sangre humana tenía la culpa de ello.

Eric reposaba pegado contra la cruz, sentado apaciblemente sobre la nieve. Sus ojos desorbitados se fijaban en el vacío, sin ver nada. Tenía el cuerpo materialmente cosido a puñaladas, y se había

desangrado, dejando sus ropas acartonadas por la sangre, rápidamente coagulada al contacto con el helado aire exterior.

Ken dominó su propio horror, sujetando firmemente a Vera e inclinándose sobre el cadáver desangrado. La luz huyó de la máscara crispada y horrible que era la faz del infortunado criado, para fijarse en su torso, acribillado a cuchilladas.

El joven escritor contó rápidamente los tajos que mostraban las ropas y el cuerpo del difunto mayordomo. Su voz sonó trémula ahora:

—Once… Once cuchilladas, Vera…

—Dios mío… —sollozó ella—. Once… Igual…, igual…

—Sí —afirmó él, rotundo, sombrío—. Igual que el número de niños de este orfanato.

En ese momento una claridad amarillenta brilló en alguna parte. Ken desvió rápido sus ojos hacia el origen de aquel resplandor, apagando la linterna y manteniendo a la estremecida joven pegada a sí.

La luz venía de la puerta de la capilla. Ken dijo duramente:

—Hay alguien en la iglesia, Vera. Vamos allí. Hay que averiguar lo que está pasando en este endiablado lugar…

* * *

Llegaron ante la puerta de la vieja capilla. La claridad dorada que brotaba de allí dentro olía a cera caliente. Ambos se miraron en las tinieblas, sólo heridas ahora por aquel reflejo amarillento que venía del interior del recinto religioso.

—Tengo miedo, Ken —confesó ella apagadamente, apretándose más al hombre.

—Qué diablos, yo también —admitió él, ceñudo—. Eric era un hombre fuerte. Ahora es sólo un cadáver sin gota de sangre en sus venas. Lo mismo puede sucedemos a nosotros. Confío en que, al menos, estamos más en guardia que el pobre Eric…

Empujó levemente la puerta, sin poder evitar un leve chirrido de bisagras, pero ya antes había producido ese mismo ruido a impulsos de una ráfaga de aire helado, y Ken pensó que quien estuviera dentro imaginaría que sólo se trataba de algo parecido.

Esperaron unos segundos, en tensa calma, conteniendo el

aliento. Luego Ken se inclinó, asomando la cabeza por la rendija de la puerta. Miró al interior.

Se quedó sobrecogido. No era para menos.

Sobre el túmulo funerario no había tampoco ahora cuerpo alguno. Sin embargo, en torno a él oraban en silencio once criaturas de aspecto angelical, reunidos en una ceremonia tan macabra como inquietante. De los labios infantiles brotaba un apagado murmullo, algo parecido a una oración. Pero eso no era lo peor de todo.

Tenían sus ropas impecables salpicadas de sangre. A sus pies reposaba ahora un perro ensangrentado, y Norman, el muchacho rubio y angelical, sujetaba en su mano un cuchillo sangrante de grandes dimensiones, tal vez uno de los cuchillos de cocina de la señora Oates.

Puso una mano en la boca de Vera rápidamente, para que cuando ella viese aquella escena escalofriante no lanzase un grito de terror. Fue muy oportuno, porque notó la contracción de las cuerdas vocales de la joven y la convulsión de sus labios, enormes, dilatadamente fijos en él, con una expresión de pavor infinito.

—Calma —susurró—. No grite, Vera. Creo que esos niños acaban de cometer un acto horrible en la propia casa de Dios. Un sacrificio digno de tiempos arcaicos y oscuros, acaso un culto a Satán, no sé. Pero tal vez no sea la única sangre que han derramado hoy. Pudieron asesinar a Eric, clavándole el cuchillo uno por uno, durante aquel cuarto de hora de recreo…

En ese momento los niños dejaron de orar. Se encaminaron a la salida, en silenciosa procesión. Ken se apartó con rapidez, llevando consigo a Vera, para ocultarse tras uno de los pilares de vieja piedra del edificio.

Salieron los niños del interior de la capilla, donde aún ardían los velones destinados a alumbrar el cuerpo desapercibido de Steele. Ellos dos contenían el aliento, esperando a que los niños se alejasen sobre la nieve, en lento y silencioso regreso a la casa. Resultaba sorprendente la facilidad con que sus cuerpecitos se movían sobre la nieve, hundiendo sólo sus pies en ella.

Cuando estuvieron lo suficientemente lejos, Ken y ella penetraron en la cripta vacía. Un horror infinito asaltó a ambos al contemplar el altar. ¡El crucifijo de Cristo, tallado en la vetusta madera carcomida, yacía ahora *boca abajo*!

—Satanismo —jadeó Wilcox, muy pálido—. Es eso, Vera. Esos niños están endemoniados por algo o alguien… El diablo va con ellos.

Caminó decidido hacia el altar. Tomó el crucifijo para situarlo en posición correcta, con respetuosa firmeza.

En ese momento Vera chilló asustada, Ken dirigió hacia ella una mirada rápida, sobresaltada. La vio retroceder hacia él, con movimientos convulsos.

Norman, el rubio Norman, estaba en la puerta de la iglesia, mirándola fijamente. Por las comisuras de los labios del niño corrían dos hilillos de sangre seca. Ken comprendió la horrible verdad. ¡Habían bebido sangre del perro sacrificado junto al túmulo funerario de Howard Steele!

—Norman —gimió Vera, dominando su terror—. Norman, querido, ¿qué significa todo este horror?

El niño no respondió. Con aquella ausencia total de emociones que daba a su rostro el aspecto de una benigna carátula angélica, y a sus ojos todo el frío de la muerte, se movió hacia ella.

—Debes morir —dijo—. Los dos debéis morir. Así está dispuesto…

Ken tragó saliva. No sentía miedo ante varios hombres violentos, nunca lo había sentido, ante maleantes armados en Marsella, ante unos indígenas belicosos en el Pacífico, ante unos orientales peligrosos en Hong Kong. Pero ésta era distinta.

Era un niño el que avanzaba hacia ellos con la muerte en su rostro y en sus palabras. Un niño bello, dulce y suave. Un monstruo de rara belleza infantil…

—¡Atrás! —bramó de repente Ken, sintiendo un soplo de inspiración o una simple intuición—. ¡Atrás, en nombre de Dios, maldito seas!

Y enarbolando el gran crucifijo que estaba intentando poner correctamente lo alzó ante Norman, muy en alto, sujeto por sus dos fuertes manos.

Los velones crepitantes, que despedían hedor caliente a cera derretida, se agitaron, tal vez por el aire removido por la cruz. En el muro de vieja piedra de la capilla, bailoteó la enorme sombra del crucifijo, proyectando su forma sobre el rostro hermético del niño…

El resultado fue sorprendentemente eficaz, incluso para el

propio Wilcox. Apenas contempló la cruz y ésta proyectó su sombra sobre él, Norman chilló, cubriéndose el rostro con ambas manos, exhaló luego un quejido y dio media vuelta, echando a correr. Sus alaridos eran patéticos, mientras se perdía a través de la blanca nieve.

Siguió un profundo silencio. Ken bajó el crucifijo, lentamente, con un resoplido. Lo depositó en el altar, persignándose ante él, sobrecogido. Vera cayó de rodillas, con un sollozo, y oró en voz baja. Ken tragó saliva, apoyándose en el muro. Al pasar su mano por el rostro, notó que su sudor empapaba la piel con una fría película.

—Vamos, Vera —musitó—. Volvamos a la casa. Ahora sabemos algo más. Ahora sabemos que las leyendas de vampiros son reales… y que el Mal está presente aquí en su peor y más horrible forma… aunque también la más inconcreta.

La tomó por ambas manos, echando a andar a través de la desierta iglesia, camino de la salida. Vera temblaba, rotos por vez primera sus nervios, hecho trizas su reconocido valor. El regreso a casa fue lento, casi patético.

—Ken, ¿y si nos esperan allí, para atacarnos? —jadeó, ya cerca de la sombría casona que erguía su mole sobre la noche negra, ya apenas surcada por leves copos de nieve, quizá los últimos de tan gran nevada.

—No lo creo —susurró Ken—. Ahora sé el arma necesaria para mantenerlos a raya.

—Pero… pero Eric murió junto a una cruz, recuerde —dijo ella.

—Lo sé. Y es algo que no entiendo bien. Quizá recibió las cuchilladas en otro lugar y se arrastró allí hasta morir, presintiendo que en una cruz estaba su posible salvación… De todos modos, no podemos quedarnos fuera de la casa ahora. Hay que afrontar lo que sea. De una vez por todas, y arrastrando todas las consecuencias, amiga mía…

Y protector, tierno, conmovido por el miedo que hacía temblar aún aquel frágil cuerpo de mujer, se inclinó y besó sus cabellos, su frente, su mejilla…

Ella alzó la cabeza, estremecida. La miró de muy cerca. Y puso los labios entreabiertos ante él.

—Vera… —susurró Ken, inclinándose a besar aquella boca.

—Ken… —gimió la joven, entornando los ojos.

Se besaron cálida, intensamente. El frío de la noche dejó de recorrer sus venas. La sangre hirvió en ellas pese al clima ambiente. Después, Ken Wilcox, armado de más valor aún, tiró de ella con energía regresando a la casa.

Contra lo que temían, la puerta trasera estaba sólo entornada, y no necesitaban dar la vuelta al edificio para penetrar en él. Pasaron al interior. Fueron con rapidez a la biblioteca y al comedor. No vieron a los niños por parte alguna. Luego se dirigieron a la cocina. Se quedaron atónitos.

Los once niños calentaban sus ateridas manos ante las llamas del hogar. La señora Oates cocinaba apaciblemente, no lejos de ellos, bien ajena a todo. Norman estaba entre los pequeños, como si nada hubiera sucedido. Ken dio unos pasos hacia ellos.

—Norman —llamó, seco.

El pequeño giró la cabeza. Incluso sonrió, apacible.

—¿Qué, señor? —preguntó.

—Norman, ¿qué sucedió en la capilla? —preguntó el escritor, haciendo que la señora Oates se volviera, para mirarle sorprendida.

—¿En la capilla? No sé —el niño se encogió de hombros—. Yo no he estado en la capilla.

—Mientes. Estuviste allí ahora mismo. Con todos los demás.

—Pues no me acuerdo, señor. Estuvimos jugando por ahí, no en la capilla.

—Sabes que estás mintiendo. Os vi allí. Tú volviste. Y yo te hice salir de ella, bien lo sabes. Dime, ¿qué hicisteis con el perro?

—¿Perro? ¿Qué perro, señor? —los azules ojos infantiles reflejaron absoluta perplejidad.

—Mira tus ropas. Tu rostro. Hay sangre en todo ello. Incluso en tus labios y en los de tus amigos…

—Nos debimos caer. Sí, nos caímos varias veces —sonrió—. Sangré por la nariz, ahora me acuerdo. Sí, fue eso, señor…

Le miraba largamente, con aire ingenuo, dulce. Parecía imposible que pudiera mentir tan cínicamente un niño de tan angelical aspecto. Ken resopló:

—Muy bien. Veamos esto, —avanzó a largas zancadas, tomó dos leños de los que la señora Oates utilizaba para la chimenea, y los cruzó, plantándolos ante el rostro de Norman. Su sombra en cruz se

proyectó sobre las mejillas sonrosadas y el rubio cabello.

El niño ni se inmutó. Sonrió, mirando la improvisada cruz.

—¿Sí, señor? —preguntó, sin entender en apariencia.

Ken lanzó una imprecación. Se volvió, cambiando una mirada perpleja con Vera. Entonces vio a alguien en pie en el corredor, ante la puerta de la cocina, mirando la escena en silencio.

Aún tenía en sus manos Ken Wilcox la improvisada cruz hecha con los dos leños. Doris Beswick era la persona erguida en el pasillo, mirando fijamente a los niños.

En ese momento, al ver la cruz de madera ante sí un alarido horrible escapó de su garganta, su rostro bronceado y sensual se convulsionó en una mueca de pavor, y retrocedió con los negros ojos desorbitados, cubriendo su faz con ambas manos extendidas.

Luego, echó a correr, pasillo adelante, perdiéndose en las penumbras de la casa.

—¡Doris Beswick! —rugió Ken Wilcox—. ¡Ella también está endemoniada!

Y se lanzó a la carrera en pos de la misteriosa compañera de sir Clifford.

Capítulo VII

Fue una alocada persecución escaleras arriba. Ken imaginó que terminaría en la buhardilla de sir Clifford. Se equivocó.

Doris pasó de largo por el desván, sin penetrar en las estancias destinadas a ella y a sir Clifford Prowse, para desviarse hacia la izquierda y abrir una puertecilla de gruesa madera claveteada, que conducía directamente a los tejados de la mansión.

Wilcox no abandonó por eso la persecución, aunque de inmediato comprobó que el lugar era sumamente peligroso. Tejado de pizarra, muy empinado, totalmente cubierto por la helada nieve, y como únicos salientes las chimeneas y unas barandillas bordeando algunas de las zonas del tejado.

Doris se volvió, mirándole angustiada. Al descubrir en manos de Wilcox los dos maderos cruzados, siguió a la carrera, con otro grito despavorido. Ken la llamó:

—¡Doris, vuelva! ¡Vuelva y no haga locuras! ¡Le prometo no amenazarla con la cruz, si usted se decide a bajar conmigo y contarme lo que sucede aquí! ¡Doris, no siga, esto es muy peligroso!

Ella no le hacía caso. Corría sobre la nieve, con rara habilidad y equilibrio, como un simio o un nativo en una isla tropical podría hacerlo entre los árboles. El exotismo de la joven resultaba ahora más acentuado a causa de su felina elasticidad. Pero la nieve era traicionera y se desprendía en bloques helados en algunos puntos, al pisar ella. Cuidadosamente, Ken se movió en pos de Doris Beswick, confiando en no precipitarse abajo en cualquier momento.

—Doris, ya basta —insistió—. No puede escapar de mí, admítalo. Sé que ocurre algo horrible aquí. Algo siniestro y maléfico, de lo que muchos son víctimas. Los niños en primer lugar. Luego lo olvidan, no saben lo que ha sucedido. Una fuerza superior, diabólica, les controla. Doris, no cometa más locuras, venga acá… Vea, ya tiro los leños que tanto la asustan…

Y los arrojó al vacío, ostensiblemente. Doris giró la cabeza, advirtiéndolo. Entonces pareció recapacitar, cambiar de idea. Se detuvo. Ken pensó que acudiría a él.

—Vamos —invitó, alargando los brazos—. Yo la ayudaré, muchacha…

Doris Beswick vaciló. Luego, avanzó hacia él, respirando hondo. Fue como si, de repente un muro invisible, una fuerza que él era incapaz de ver o percibir, se interpusiera entre ambos.

Doris paró en seco, miró al vacío, con ojos desorbitados por el terror, y chilló, agitando las manos:

—¡No, no! ¡No, por caridad, no!…

Sus pies resbalaron esta vez sobre la pendiente de las tejas cubiertas de hielo. Ken trató de ir hacia ella, a la desesperada, aun con riesgo de su vida. No pudo hacer nada por evitarlo. Doris trató de sujetarse a una humeante chimenea.

No lo logró. Sus manos se cerraron en el vacío, resbaló por el tejado, hacia el borde sin barandilla…

Su cuerpo se zambulló en la negra noche con un terrible grito de agonía y angustia. Ken la vio desaparecer allá abajo, percibió el sordo impacto del cuerpo contra la nieve helada, desde tan considerable altura. Se inclinó sobre el borde del tejado, sujetándose a una chimenea para no caer tras de ella.

Doris Beswick yacía al pie de la fachada, inmóvil sobre la nieve, un reguero rojo escapaba de su cabeza…

—Dios te haya perdonado si hiciste algo malo en tu vida —susurró Ken, sobrecogido, volviendo atrás lentamente y mirando en torno, a aquellas tinieblas medio diluidas por el resplandor de la nieve, en donde algo intangible y maligno flotaba casi perceptiblemente. Ese «algo» que detuvo a Doris, que la arrojó al vacío…

Ken se persignó de nuevo, confiando en que ese signo le guardase del mismo mal. Pudo llegar sano y salvo a la puertecilla del desván. Entró en la casa, con paso inseguro, demudado. Al mirarle Vera Munro, comprendió la horrible verdad.

—¿Doris? —musitó.

—Sí —afirmó Ken—. Cayó del tejado. Creo que se mató en el acto. Está fuera. Ya iré a recogerla. Ahora voy a telefonear a la policía. Ya es hora de hacerlo sin perder más tiempo…

—¿Telefonear? —se asombró Vera—. Pero si… si no funciona el teléfono…

—Funciona —dijo sordamente Ken—. Yo lo reparé esta tarde. Venía de eso cuando me preguntaste qué hacía con mis manos sucias… Y llamé a Nottingham sin saberlo nadie. Quedaron en venir en cuanto fuera posible. Ahora les apremiaré, a la vista de los acontecimientos. Hay que terminar con esto cuanto antes, Vera. Deben saber lo que sucede aquí, antes de que sea demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde… para nosotros? —susurró Vera, estremecida.

—Sí, eso es.

—¿Doris era… era culpable de algo?

—Quizá, no lo sé. Pero había algo o alguien más por encima de ella, el espíritu maligno que mueve los hilos de este horror, sin duda alguna. No sé si hombre o demonio, humano o sombra, vivo o muerto… pero hay alguien más. Y es preciso saber de *qué* o de quién se trata. Voy a hacer esa llamada, querida… ¿Y los niños?

—Siguen en la cocina. La señora Oates les sirve allí la cena. Prefiero tenerlos donde puedan ser controlados…

—Sí, eso está bien. Pero me temo que los niños, como Doris Beswick, sólo son marionetas, simples instrumentos, manipulados por una fuerza maligna e insana que mora en esta casa y se mueve por ella como una araña, tejiendo su siniestra y atroz tela en torno a nosotros…

—Ken, me asustas…

—Hay motivos para ello, querida. También yo estoy asustado. Siempre asusta aquello que uno no entiende. Y esto… no logro entenderlo la verdad. No del todo, cuando menos. En fin, no esperemos más. Voy a hacer esa llamada.

—No, señor Wilcox. Usted no hará ninguna llamada. Es muy astuto, pero yo lo soy mucho más. Y ha llegado la hora de terminar con esto de una vez por todas…

Vera gritó roncamente. Ken giró la cabeza, sujetando con un brazo a su compañera, y volviéndose hacia la escalera principal, situada a sus espaldas.

Allí estaba la única persona de quien no hubieran esperado oír palabra alguna. El único ser con quien no contaban.

Sir Clifford Prowse, el anciano propietario de la mansión,

apareció erguido, en pie en los escalones, mirándoles a través de sus negras e inquietantes gafas.

Del mismo modo que le era posible oír y hablar, ambos estaban ahora bien seguros de que sus ocultos ojos podían verles con toda claridad.

—Usted —jadeó Ken Wilcox roncamente—. Usted es el espíritu maligno de esta mansión, sir Clifford.

—Sí, yo soy —afirmó él lenta, fríamente—. Y mis fieles servidores van a acabar con ustedes… ¡ahora mismo! Vamos, muchachos, atacad… ¡*Matad*!

Era una orden glacial, surgida de aquellos exangües labios de anciano. Vera miró a un lado, apretándose despavorida a su compañero. Ken miró en esa misma dirección.

Vio algo que ya se temía de antemano.

Los once niños ya no estaban cenando apaciblemente en la cocina con la señora Oates.

Los once niños venían hacia ellos. Silenciosos, sombríos, taciturnos e inexpresivos como autómatas. Ángeles convertidos en demonios, criaturas hechas monstruos de maldad.

La muerte se leía en todos sus ojos. Especialmente en los azules de Norman, que capitaneaba el grupo con maligna sonrisa…

* * *

Ken Wilcox apretó a Vera contra sí. Se daba cuenta de que todo estaba a punto de terminar. Angustiado, retrocedió con ella siempre a su lado, hasta apoyar las espaldas en un muro de piedra del vestíbulo, justo debajo de una panoplia con antiguas lanzas hindúes, recuerdo de alguna batalla en las Colonias de sir Clifford.

Los niños se movían, como en dirección a ellos, rodeándoles implacablemente. Ken apretó los labios, en tensión, buscando una posible salida.

—Es inútil todo, señor Wilcox —avisó la bronca voz del anciano—. No hay escapatoria esta vez. Ellos harán lo que yo diga. Son mis esclavos. Obedecen ciegamente, como todo el que está bajo mi influencia…

Ken no dijo nada. Alzó la mirada. Vio la panoplia sobre ellos. Rápido, tomó las dos lanzas y las cruzó, formando el signo de la

cruz ante sir Clifford. Este, por toda respuesta, se echó a reír, moviendo la cabeza.

—No, amigo mío, yo no —dijo, burlón—. No soy el diablo. Ni un endemoniado. Sólo soy el conducto para que el Mal se haga presente y domine a las personas. El intermediario, como se dice ahora. No va a destruirme con esa cruz, convirtiéndome en cenizas, créalo. Esa leyenda no me afecta. No soy el demonio. Ni tampoco un vampiro. Mis poderes vienen de las Tinieblas. Aprendí a dominar esas fuerzas y canalizarlas mediante mi voluntad y mi mente, eso es todo. Ello me hará no sólo inmortal, sino poderoso, fuerte, eternamente joven… ¡Es la máxima sabiduría de todos los tiempos, aprendida a través de ocultos ritos que nadie conoce!

Los niños estaban cada vez más cerca. Ken podía atacarles con las lanzas, pensó. Pero eran once contra él. Vencerían siempre, movidos por aquella fuerza maligna que se advertía casi tangible en torno suyo. El poder de su tenebroso amo les convertía en frías máquinas de destrucción, sin voluntad propia.

—Dios mío, Ken, ¿qué va a ser de nosotros? —gimió Vera.

—Señorita Munro, lo mismo que fue de Eric, de Skeggs, de la señorita Swift… Todos los que me estorban, los que se cruzan en mi camino, mueren sin remedio. Nadie podrá arrojarme jamás de esta casa. ¡Nadie! Aquí he creado mi imperio de poder, y aquí debo terminarlo. Mis criaturas serán las que cumplan mi voluntad. Y luego habrá otras, muchas más… ¡Tengo todo el poder del mundo, todas las fuerzas de la Oscuridad, Wilcox! Ustedes van a comprobarlo ahora. ¡Matad, niños, matad!

Norman esgrimía un cuchillo de cocina. Sonreía perversamente. La pequeña y dulce Karin también sonreía como el espíritu mismo del mal y la crueldad. Vera sollozaba, apretada patéticamente a Ken.

Wilcox no sabía qué hacer. Hasta que la voz, vacilante, insegura, le gritó:

—La lanza, Wilcox, la lanza… ¡Acabe con él! ¡Recta al corazón, o todo estará perdido!

Giró la cabeza, atónito. Ella estaba allí, en la puerta de la casa. Sangrante, con el rostro lívido, el cabello chorreando un rojo espeso, la mirada extraviada, la expresión agonizante… pero todavía en pie, empapada en sangre toda su ropa…

—¡Doris! —gritó Ken—. Vive aún…

—Por poco tiempo… ¡Esa lanza, Wilcox! ¡Arrójela a su corazón maldito! ¡Antes de que sea tarde!

Ken actuó. Se revolvió, tomando una de las lanzas con las que hiciera la cruz, y dejando caer la otra. La alzó contra sir Clifford. Este levantó sus brazos, intentando algún sortilegio diabólico para impedir el impacto. Pero Doris, sin darle tiempo a más, se precipitó contra él como una tigresa, dejando tras de sí un largo reguero de copiosa sangre.

—¡Pronto, Wilcox, por caridad! —clamó la hermosa mujer, forcejeando con Prowse para que éste no alzara sus brazos—. ¡Si él invoca a las fuerzas del Mal, nada ni nadie podrá vencerle ya!

Ken arrojó la lanza, pese a que ella se interponía en el camino, en su lucha exasperada con el que fuera hasta entonces, a no dudar, su amo y señor absoluto. La moribunda, en su agonía, estaba luchando por destruir al monstruo.

Y lo había logrado.

Wilcox jamás puso más corazón en un intento como en aquel lanzamiento del arma primaria contra su enemigo. La lanza vibró al clavarse profundamente en el pecho de sir Clifford, tras atravesar también un brazo de la joven. Un alarido inhumano, desgarrador, brotó de labios del perverso ser. La lanza temblaba, hincada en su torso, sobre el lado izquierdo. Debía de haber partido su corazón en dos.

—Mal… di… tos… —jadeó el herido.

Y se derrumbó, arrastrando consigo a Doris, que también quedó inerte, sin vida, pero con una salvaje mueca de complacencia en su exótico rostro, ahora casi grisáceo a causa de la muerte. Los dos cuerpos yacían al pie de la escalera, en trágica composición.

Los niños se habían detenido en seco, como si de repente les faltara algo. Sus ojos se dulcificaron lentamente. Sus caras se relajaron. El cuchillo cayó de las manecitas blancas de Norman. Golpeó sordamente el suelo.

Poco a poco, parecían despertar de un letargo. Eran como seres hipnotizados que volvieran paulatinamente a la realidad.

—Ya no nos atacan —musitó Vera.

—No, ya no —suspiró Ken—. Creo que todo ha terminado. La mente criminal que les dirigía y manipulaba ha dejado de existir.

Vuelven a ser lo que siempre fueron, cuando el cerebro de sir Clifford y sus extraños poderes no les controlaban: simplemente niños…

Vera se apartó de Ken. Recogió el cuchillo, que guardó en un mueble. Luego hizo girar la cabeza a los niños, para que no vieran los dos cadáveres y el reguero de sangre que corría por el vestíbulo. Les ordenó suavemente:

—Vamos, volved a cenar. Id a la cocina de nuevo, queridos.

—Sí, señorita Munro —afirmó suave, dócilmente, el rubio Norman.

Y los once niños, despacio, respetuosos, se alejaron hacia la cocina, sin llegar a ver siquiera el macabro espectáculo.

Una vez solos, Ken y ella se miraron largamente, acercándose a los caídos. Ken respiró hondo.

—Pobre Doris… Era otro instrumento en manos de sir Clifford… La dominaba totalmente, era su esclava, tal vez su cómplice fiel. Pero cuando él emitió sus extraños poderes y la hizo caer al abismo, ella corrió a vengarse con su último aliento. Descanse en paz la infortunada.

Y cerró sus ojos piadosamente, recobrando la exótica mujer algo de su serena belleza majestuosa. Tras una vacilación, Ken trató de hacer lo mismo con sir Clifford, pese a la malignidad sin límites que éste había representado.

Le quitó los lentes negros, murmurando a guisa de disculpa:

—También él, a fin de cuentas, ya es sólo un cadáver y estará rindiendo cuentas a ese Dios a quien combatía con sus satánicos poderes…

Pero cuando intentó cerrar aquellos párpados, se encontró con una sorpresa. Sus dedos tocaron algo que no era piel humana… sino goma.

—¿Eh? ¿Qué es esto? —masculló.

Comenzó a tirar. Una máscara de tenue goma se desprendió del rostro del difunto. Y con ella, unas patillas blancas, una peluca también canosa, postizos de todo tipo, incluida la fea cicatriz del cuello…

—Dios mío, mira esto, Vera —jadeó, estupefacto—. ¡Este hombre no era un anciano! ¿Qué misterio es éste?

Vera Munro contempló al muerto. Supo que no era la primera

vez que veía aquel cadáver. Y comprendió muchas cosas más.

—Ken, ahora lo entiendo todo —susurró—. Sir Clifford no existía. Tal vez nunca existió, desde que murió hace muchos años… tal vez asesinado incluso por este hombre…

—Pero ¿sabes quién es él?

—Sí, Ken. Claro que lo sé. La única vez que lo vi estaba aparentemente tan muerto como ahora. Sólo que aquello debía de ser ficción, otro ejemplo de sus extraños poderes para fingir lo que no era… Este hombre, Ken, es Howard Steele, el director del orfanato, el cadáver desaparecido…

Epílogo

El contable Barnes asintió, cerrando uno de los tenebrosos volúmenes de nigromancia de sir Clifford Steele.

—Ahora empiezo a verlo claro, señor —dijo a la señora Oates, a Ken Wilcox y a Vera Munro, así como al juez Sewell, de Nottingham, y a los agentes allí presentes—. Sir Clifford debió morir hace años. Es posible, como dice la señorita Munro, que hallase la muerte a manos del propio Steele. Este, no era, como todos creíamos, un hombre recto y generoso. Quería su orfanato para educar a los niños como auténticos seres vampirizados por sus poderes ocultos. Era un hombre que rendía culto a Satán, según sus documentos, y que había obtenido oscuramente esas fuerzas malignas que poseía. En realidad, su orfanato era un colegio de futuros demonios, de seres sin alma, moldeados por un loco de raro y terrible poder. Por eso no quería que la justicia le desposeyera de su patrimonio. Hubiera hecho cualquier cosa, incluso asesinarnos a todos, con tal de salvar su siniestro orfanato, escuela de vampiros y de demonios. Espero que Dios, pese a todo, se apiade de su alma.

—Vivió dos existencias muy distintas: como Steele y como sir Clifford. Doris Beswick debía de saber eso, pero vivía dominada por él, era su amante y su esclava —señaló Ken, tras consultar otros documentos hallados en la madriguera del falso aristócrata—. Evidentemente, por encima de sus propios poderes monstruosos, su mente estaba enferma, era un loco siniestro y excepcionalmente poderoso. Es un bien para todos que esta pesadilla haya terminado.

—Los niños serán enviados a Leicester. El reverendo Hodges cuidará de ellos debidamente —sentenció el juez Swell afablemente —. Y como nada recuerdan de los momentos en que la fuerza mortal de ese maníaco endemoniado les poseía, su futuro será como el de otros niños de su edad, haciéndose hombres normales y de provecho.

—Así todo queda arreglado… y yo vuelvo a quedarme sin empleo —suspiró la joven Vera Munro, resignada—. Tal vez era un precio barato todavía, para obtener a cambio de él la libertad y la vida, lejos de estos horribles muros.

—Sin duda —rio Ken Wilcox—. Y como mi coche, desgraciadamente, ha sufrido daños muy serios, si quiero invertir en otro Daimler, tengo que trabajar mucho y necesitaré una eficiente secretaria. ¿Quieres aceptar tú ese empleo, Vera?

—¿Lo dices en serio, Ken?

—Totalmente en serio. Ya tendremos tiempo de preparar juntos mi próximo libro… y discutir los detalles de nuestra futura boda, señorita Munro.

—¡Oh, Ken!

Y se colgó de sus hombros, besándole en los labios, olvidada ya casi totalmente la atroz pesadilla vivida en aquella mansión de Loomish Hill, en Nottingham.

FIN